

NÉSTOR PERLONGHER
UN BARROCO
de TRINCHERA

MANSALVA

Néstor Perlongher

nació en Avellaneda, provincia de Buenos Aires, en 1949 y falleció en San Pablo, Brasil, en 1992.

Realizó estudios de Sociología y Antropología en la Universidad de Buenos Aires. Su obra poética comprende los siguientes títulos:

Austria-Hungría, 1980; *Alambres*, 1987; *Hule*, 1989; *Parque Lezama*, 1990; *Aguas Aéreas*, 1991 y *El correo de las iluminaciones*, 1992, todos reunidos posteriormente en sus *Poemas Completos*, 1997, compilados por Roberto Echavarren.

También publicó los libros de ensayo:

La familia abandonica y sus consecuencias, 1981; *El fantasma del SIDA*, 1988 y *La prostitución masculina*, 1993.

En los años 1998 y 2004 se publicaron respectivamente: *Prosa plebeya*, compilado por Osvaldo Baigorria y Christian Ferrer y *Papeles insumisos*, compilado por Adrián Cangi y Reynaldo Jiménez, donde se reúnen escritos dispersos e inéditos del poeta.

Un barroco de trinchera

Perlongher, Néstor
Un barroco de trinchera,
cartas a Osvaldo Baigorria
Primera Edición
Mansalva. *Colección Poesía y Ficción Latinoamericana*
Buenos Aires, 2006

ISBN-10: 987-22648-9-9
ISBN-13: 978-987-22648-9-5

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863

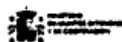
© Osvaldo Baigorria, 2006
© Mansalva, 2006
Honduras 5270 - (C1414BMV)
Buenos Aires, Argentina

Dirección: Francisco Garamona
Arte: Javier Barilaro
Prensa y Distribución: Laura Crespi

Ninguna parte de esta publicación,
incluido el diseño de la cubierta,
puede ser reproducida, almacenada
o transmitida en manera alguna
ni por ningún medio, ya sea eléctrico,
químico, mecánico, óptico, informático,
de grabación o de fotocopia,
sin permiso previo del director.

editorialmansalva@yahoo.com.ar

Este libro cuenta con el patrocinio del Centro Cultural de España en Buenos Aires.



AMCI

CCEBA Centro Cultural
de España
en Buenos Aires

Néstor Perlongher

Un barroco de trinchera

Cartas a Baigorria
1978-1986

MANSALVA

Prólogo

Quiero presentar algunos ejemplares de una especie que ya estaba en peligro de extinción en la década de 1980. Aún no conocíamos la palabra e-mail: esta correspondencia atravesó la ruta Panamericana por el sur, el centro y el norte, con varias misivas y postales que durmieron, se extraviaron o fueron rescatadas de oficinas de correos desde los Andes hasta las playas de Río, de Bahía de San Salvador a la Bahía de San Francisco, de las montañas de Argenta a los barros argentinos. Estas doce cartas son las únicas sobrevivientes de aquel periplo, pero habrían de viajar aún más antes de ingresar al reino de acotado porvenir que promete la imprenta. Primero acumularon humedad en una cabaña entre bosques nevados de la Columbia Británica del Canadá. Después volaron en mi equipaje de mano de Vancouver hasta Buenos Aires. Luego fueron despachadas en una encomienda por barco a Barcelona y por vía terrestre a Madrid, en una última etapa de residencia hasta el regreso a su primer suelo de origen o despegue.

No se encontrarán aquí mis respuestas, que imagino se habrán perdido sin remedio en algún departamento paulista habitado por Perlongher en los 80. Tampoco todas sus cartas, sino algunas de las que él me enviara entre 1978 y 1986, firmadas a veces como n., otras como Néstor y otras como Rosa, en alusión a Rosa Luxemburgo o Rosa L. de Grossman, apellido de casada de la líder espartaquista alemana que Perlongher utilizaba como seudónimo en sus primeros textos políticos. “Delias de rímmel descorrido, Etheles, rosas a la caza de un Grossman perdido en Luxemburgo” diría más tarde al escribir acerca de su libro *Alambres*¹.

El rumbo de estas esquelas fue el de mis viajes, peregrinajes, exilios y desexilios. Las llevé de un país a otro, las atesoré sin pensar en que serían publicables, tal como se guardan los mensajes de antiguos afectos, por apego, por terca resistencia al olvido; sólo en estos últimos años, alentado por amigos a quienes leí en voz alta algunos fragmentos, comencé a pensar en que tenían derecho a abandonar el cajón donde se pliegan y amarillean los recuerdos que no llegaron a tiempo para conocer un disco rígido. Por varias razones, tuve mis dudas antes de darlas a publicación. Me parecía ineludible un extenso trabajo de anotación para que su fuerte carácter literario pudiera destacarse dentro de un marco documental y para que la lectura se abriese paso no sólo en lo que Perlongher describía como su “maraña tipográfica” (guiones dilatados, paréntesis, puntuación arbitraria, excesiva o inexistente, erratas de tipeo) sino a través de las numerosas referencias personales que apenas son inteligibles para quienes conocieron al autor de cerca.

¹ “Sobre Alambres”, *El Porteño*, No. 74, enero de 1988, Buenos Aires.

Se observará que el destinatario a veces aparece en plural y otras en singular. Al nombre de “Osvaldo” u “Osw” en las primeras misivas se agrega el de “milu” (con o sin mayúscula) y al de “sus majestades” le sigue “tus”, aludiendo a cierta ambivalencia en torno al receptor. Milu es el nombre de quien fue mi pareja en aquellos años, a quien Perlongher en las cartas también llamará “Concha de los Milagros” (a causa de un sorpresivo llamado telefónico que ella le efectuó desde San Francisco, evento que Néstor calificó de “milagroso”), o simplemente “la Concha”. Dado que ambos conocimos a Perlongher casi simultáneamente, bien justificadas estaban algunas cartas dirigidas a los dos, al menos al principio. Con el tiempo, el plural dejó de ser habitual y empezó a imponerse la relación singular que habíamos sostenido él y yo cuando nos conocimos. Ese primer trato con dos personas que parecen una y luego terminan dividiéndose y singularizándose es expresión de un proceso que se daría paso a paso: Néstor (Rosa) primero *nos* escribe y luego *me* escribe.

Problemas de pertinencia y pertenencia: ¿puedo decir que son mías? ¿Y hacer con ellas lo que quiero? ¿Qué diría el remitente vivo acerca de la idea de publicarlas? ¿Hubiese querido o imaginado que salieran de la intimidad para entrar en la esfera pública? ¿Las hubiera escrito entonces de otra forma, corregido un poco, con algún editing de más o de menos, alguna palabra tachada, reprimida, borroneada? Siento que, de alguna manera, tengo que simbolizar mi pedido de permiso a un recuerdo.

Dije recuerdo y sé que miento. Emerge una primera imagen: la del día en que lo conocí, en 1972. Tenía veintiún años y pelo largo hasta los hombros. En una casa señorial de

Flores, ante cincuenta personas reunidas para fundar el Grupo de Estudio y Práctica Política Sexual, descruzó sus piernas enfundadas en pantalones de corderoy marrón con botamanga-pata-de-elefante, se acomodó sobre sus zapatos con plataforma y se presentó: "Soy militante del Frente de Liberación Homosexual de la Argentina". No se puede decir que era linda, la Rosa. Más bien baja, de cara redonda, de intensos ojos de mirada negra sobre una nariz que no se podía pasar por alto. Pero sabía pelear -y hacerse visible. En el seno de aquel grupo abreviado como Política Sexual (un Sex-Pol criollo, en homenaje al fundado por Wilhelm Reich en Alemania en la década del 30), Perlongher fue vocero de la militancia homosexual en alianza con feministas, parejas proto-swingers y "varones heterosexuales concientizados". Sexo y revolución, crítica a la organización genital compulsiva y exclusiva, abolición de la familia patriarcal-monogámica, liberación del deseo: tales eran algunas de las fórmulas que nos seducían. Una consigna que llegamos a pintar en las paredes de aquellos años decía: LSD - Libere Sus Deseos. ¿Qué sabíamos del deseo? Leíamos a Freud, Marx, Reich, Marcuse; todavía no a Deleuze y Guattari, tampoco a Foucault, pero serían los próximos de la serie. Perlongher también insistía en que leyéramos a Kate Millet, a Shulamith Firestone y otras autoras feministas.

Había dado sus primeros pasos o gateos en la militancia cuando empezó a estudiar sociología en la Facultad de Filosofía y Letras, en 1968-69. Llegó a encabezar la fracción de Política Obrera (PO) en la facultad, como responsable de los grupos de autodefensa y miembro ejecutivo del Cuerpo de Delegados, pero mantenía una pelea interna con sus propios camaradas para que se le reconociera públicamente su condición de homosexual

(así se decía: aun no había destape alguno, moda o modelo gay dominante). Su exigencia de que el o la PO se pronunciara abiertamente sobre el tema terminó en su rompimiento y alejamiento definitivo de esa organización, precisamente al mismo tiempo en que ingresaba al flamante Frente de Liberación Homosexual, en marzo del 72. Pero nunca traicionó del todo su origen. Su estilo, su forma de argumentar y polemizar tuvieron siempre un matiz, una coloración “trotskista”, con perdón por las comillas.

Tal vez la demanda de reconocimiento de su condición sexual era pedirle demasiado al trotskismo argentino de principios de los 70, pero su discurso al mismo tiempo marxista y libertario también perturbaría a algunos de los fundadores del FLH, entre quienes se contaban Manuel Puig y Juan José Sebreli. En el frente operaban varios grupos en forma autónoma y descentralizada, cada uno con su nombre y esfera de intereses: Safo, Nuestro Mundo, Emanuel, Bandera Negra, Profesionales. El ingreso de Perlongher —quien fundó el grupo Eros, responsable de lo que muchos llamarían las “posiciones ultra izquierdistas del Frente” —contribuyó a radicalizar las posiciones políticas de todos. De pronto, la firma del FLH irrumpió en carteles, volantes y declaraciones propias del aguerrido estilo de intervenir, pelearse o acordar que tenía la Rosa. Uno de los carteles pintados por su puño y letra en 1973 decía: “Vivir y amar libremente en un país liberado”. Un cuarto de siglo más tarde, el recuerdo de esa consigna llegaría a flamear, plegarse y restallar en las banderas de las marchas por el Orgullo Gay ante la Catedral porteña. Pero ya no sería lo mismo.

Según desarrollaría en sus ensayos durante la década de 1980, para Perlongher “gay” era una voz norteamericana que encerraba el proyecto de construcción de un ghetto, un corral

para domesticar al deseo, un alambre de púas para evitar las fugas con que el deseo podía fragmentar la normatividad heterosexual imperante. “Ser gay” era adherir a una identidad, aferrarse al borde del acantilado de cara al devenir, apegarse a la ilusión de unas islas. En el 73 no pensaba exactamente en esos términos pero estos ya se prefiguraban en su micro y macropolítica. En afirmaciones ante el semanario amarillista *Así*, llamó a articular las “reivindicaciones homosexuales en el marco de las luchas populares y en el proceso de liberación nacional y social”². Se trataba de romper el mito populista y de izquierdas que identificaba a la homosexualidad como una “práctica reaccionaria”. Pero también de “incorporar a la comunidad homosexual al proceso de liberación en marcha”. Esto último significaba, específicamente, aprovechar la emergencia –y radicalización– del peronismo. De allí la aparición del FLH en movilizaciones como las que saludaron el ascenso de Héctor Cámpora al gobierno y el retorno de Juan D. Perón al poder. Uno de sus volantes terminaba con una frase de Eva Duarte (con sólo su apellido de soltera), condenando a “los que no aman porque para ellos el amor es una exageración y una ridiculez”. Un cartel del Grupo Eros fue a recibir a Perón a Ezeiza. Exigía: “Para que reine en el pueblo el amor y la igualdad” (consigna tomada de la marcha peronista). La Rosa sostenía el ala derecha del cartel, posaba para la foto: datos a tener en cuenta a la hora de releer *Evita vive*. Uno de los narradores, protagonista de este triple relato o serie de tres cuentos, es casi un retrato del universitario setentista que fue el mismo autor, situado a orillas del ambiente proto-gay y del circo hippie, entre el activismo y la contracultura, parando en un hotel con cuyos inquilinos “no

²“La batalla homosexual en Argentina”. *Así*, 3 de julio de 1973, Buenos Aires.

estábamos haciendo laburo de base sino *public relations* para tener un lugar no pálido donde *tripear*³. Eran anhelos de multiplicidad, combates librados en varios frentes. Y el sueño de una utopía diseñada por un magistral cruce de fronteras entre los territorios del liberacionismo, una vasta maroma o insurrección deseante que fundiría a locas de barrios norte y sur con villeros, artesanos, vendedores ambulantes, taxi boys, obreros y estudiantes de izquierda peronista y no peronista.

La Rosa llevaría su *coming out* hasta ese punto en que las molotov y las citas de control se cruzaban con los tacos altos y el tapado blanco de piel sintética con el cual llegó a atravesar Puente Alsina a la madrugada para volver a su casa de Avellaneda desde un *party* o fiesta semiclandestina en la Capital. Al mismo tiempo, proclamaba en voz alta su interés en aquello que es condición *sine qua non* de toda actividad política: la cuestión de las alianzas. Sin alianzas –les decía a los activistas de minorías– no es posible concebir lo político como fenómeno. En 1973-74 dirigió los primeros reclamos por la derogación de los edictos policiales y por la abolición de la cédula de identidad. En el 75 encabezó la lucha contra la ley de restricción a los anticonceptivos que proponía el gobierno de Perón, con una campaña de recolección de firmas y volanteadas en la zona céntrica.

Para esa época ya nos habíamos dejado de ver.

Nos despedimos en el bar Vesubio de Corrientes y Bernardo de Irigoyen una tarde de diciembre del 73, yo a punto de salir del país con la mochila a la espalda sobre la ruta 9 hacia la frontera con Bolivia y él con la idea de continuar su investigación militante sobre los taxi boys de la

³“Evita vive” en *Prosa plebeya*, 1997, Colihue, Buenos Aires (hay otras ediciones).

calle Lavalle, prehistoria de su tesis de Master en Antropología Social sobre la prostitución masculina en São Paulo que sería publicada en los 80 como *El negocio del deseo*. De aquel primer encuentro político-afectivo que había durado algo más de dos años quedó una relación fantasmal interrumpida por la bruma del exilio hasta que, después de vagabundear tres años a lo largo y ancho de América del Sur, Centro y Norte, pude empezar a cosechar sus cartas en una cabaña de troncos y responderle a su dirección en La Tablada, Partido de la Matanza (La Tableau, Parti du la Massacre, escribiría la Rosa una vez en el lugar del remitente). Sólo las últimas dos cartas que aquí se publican fueron recibidas en Buenos Aires. De aquel encuentro también quedó su influencia sobre mi propio nomadismo, sus coordenadas para cartografiar un mapa existencial en tránsito sobre un espacio abierto, liso, renuente a ser estriado por los tajos de la identidad.

En su poema SIGLAS, escrito en 1978, Néstor aludía precisamente a las aventuras o desventuras de un/a militante que pasa de un grupo a otro: FRP, ARP, PVP, FPL, UP... etcétera. Y concluía con un “agradecimiento del autor” a las casi 90 organizaciones que menciona el poema, en una lista, con sus nombres completos. Tal vez cierta distancia crítica frente a sus propias pasiones políticas es lo que le permitió salir de la obsesión activista cuando aún tenía tiempo para ello. En una entrevista con María Elena Oddone, fundadora del Movimiento de Liberación Femenina y directora de la revista *Persona*, recordaría una de las escenas finales, casi patéticas, de aquel iniciático Grupo Política Sexual: “Ruth Kelly (pionera de la agremiación de las prostitutas) durmiendo sobre las pilas de *Persona* no distribuidas, el teléfono sonando permanentemente con las amenazas más disparatadas, muchas mujeres

huyendo despavoridas...”⁴.

Cuando finalmente cayó preso, tuvo la fortuna de que pasaran desapercibidos sus modos más orgánicos de militancia. El allanamiento ilegal de su departamento se habría producido cuando él y un menor de edad estaban tirados sobre el piso escuchando a Pink Floyd. El grupo de tareas, por probable delación de un portero o vecino alarmado por los “tipos raros” que se reunían allí ocasionalmente, esperaba encontrar guerrilleros: la puerta se abrió de golpe e irrumpieron las armas automáticas. Pero uno de la patota tranquilizó rápidamente al resto: “Tranquilos, estos son de la gilada”. Sólo encontraron unas semillas y alguna tuca de marihuana. Perlongher pasó tres meses en la prisión de Villa Devoto. Todo esto, por supuesto, jamás sería contado en una carta. La posibilidad de que los sobres fueran abiertos y su contenido controlado por ojos censores no podía descartarse como mera fantasía paranoica: era la realidad más pura y cruda. Y la confirmación de esos temores emergía cada vez que una esquila no llegaba, se demoraba o aparecía con el sobre rasgado, abierto en una punta y vuelto a pegar en forma desprolija (años más tarde, luego del 86, cuando comenzamos a encontrarnos en Brasil y en Argentina, pudimos ponernos al día en charlas telefónicas o en persona durante toda la noche; pero esta ya es otra historia).

Las cartas empezaron a llegar a mi nombre a la dirección postal: General Delivery, Argenta, BC, Canadá. Diría Perlongher en una de las primeras: “Lo de Argenta lo buscaste adrede, tipo retorno al útero patrio”. En realidad, el nombre fue inspirado por una mina de plata (*argent*, en

⁴“María Elena Oddone: devenir feminista”, *Alfonsina*, Año 1, No.4, 26 de enero de 1984, Buenos Aires.

francés) activa a fines del siglo XIX y agotada a principios del XX. Una década tras otra, refugiados de diversos orígenes se fueron asentando en aquel valle perdido, entre ellos muchos estadounidenses, desde los cuáqueros que huían del macartismo hasta los evasores del servicio militar durante la guerra de Vietnam, pasando por un exilado húngaro que pintó en letras blancas un cartel en la ruta de entrada: "Utopía". Era un lugar remoto, a 40 km de ruta de cornisa hasta el pueblo más cercano, en medio de las montañas Kootenay; tenía que ir a buscar mi correspondencia hasta la estafeta de correos, una cabaña de madera junto al camino principal que permanecía cerrada salvo martes y viernes, días en que una empleada *part-time* la abría para recibir al camión transportador de sobres y encomiendas.

En épocas pre-correo electrónico, la llegada de ese camión era todo un acontecimiento para los ciento cincuenta habitantes de aquella aldea boscosa. El trayecto a pie desde el pedazo de montaña que ocupaba la "comuna hippie" en la que vivía hasta la estafeta, duraba una hora y media durante los días más breves y grises de invierno, cuando el pálido sol salía a las 9 de la mañana y se ponía poco después de las 15, por un sendero de nieve que subía hasta las rodillas y que se abría paso en medio de coníferas centenarias, puentes de madera sobre arroyos rugientes, huellas de osos, ciervos y ardillas. A veces me encontraba con algún vecino o con la mirada de un águila emboscada en los ramajes más altos. A veces volvía con las manos vacías. Otras, con alguno de esos sobres rectangulares de época que contenían ligerísimos papeles para vía aérea mecanografiados a interlineado simple para que entrara más texto y pesaran menos en la balanza del correo.

Se notarán las frecuentes alusiones a lo ártico, lo remoto, lo comunitario en contraste con los trópicos, la civilización y la deriva urbana. La opción de vivir en una comuna rural en los bosques canadienses tenía que producir, como mínimo, perplejidad en la flor de arrabal que era Perlongher. En respuesta a la postal que le envié a través de otros amigos anunciando que me quedaba a vivir en aquellos parajes, una vez escribió: “Me han contado que en los días claros –que son pocos– desde la terraza de tu iglú se divisa la flota soviética en la rada de Vladivostock o en el mar de Barents”. Esa primera misiva quedó o se perdió entre los objetos que heredó mi ex pareja, pero afortunadamente acerté a apuntar un par de frases en mi diario personal. Otros chistes sobre el iglú, los esquimales y la flota soviética se repetirán en distintas fechas, así como las esporádicas comparaciones entre el deambular urbano y el anclaje agrario. En cuanto a las “presuntas ideologías comunitaristas” a las que alude una carta: se trata de discursos de elogio a los lazos solidarios, la simplicidad y la pretendida superioridad de la vida al natural sobre el resto de la civilización. En aquellos bosques todos éramos Thoreau o queríamos serlo. Al mismo tiempo, le declarábamos la guerra a la tradición puritana. Muchos creíamos en el comunismo sexual, el amor libre, la polifidelidad y la supresión de toda propiedad privada sobre bienes, cuerpos y almas. Más que ingenuos, hoy me gusta pensar que éramos inocentes. Mi poética de aquellos años: lecturas de Artaud, Baudelaire, Rimbaud, Saint-John Perse, Ginsberg y Kerouac con fondo de guitarra eléctrica, bajo y batería. Gracias a la Rosa pude atravesar el surrealismo y el rock and roll para abrirme a la arquitectura verbal del trópico. Para la Rosa, el no-lugar de la promesa utópica

estaba en la Boca do Lixo, en los márgenes paulistas, en esa democracia racial brasileña a la que conoció –según sus palabras– “demasiado de cerca”.

En 1981, Perlongher tomó la decisión de radicarse definitivamente en Brasil y la llevó a cabo de inmediato. “Insostenible, parto, harto” diría en su carta del 20 de mayo de ese año. Cuatro meses más tarde, el 22 de setiembre, desde São Paulo, pudo contarme por primera vez y con cierto detalle los avatares de la violencia física, la persecución y la paranoia que había sufrido en Argentina durante los años anteriores. Todo ello relatado “sin barroquismos de trinchera”, es decir, sin tener que filtrar en ningún entrelineado la crónica hasta entonces censurada por la sistemática curiosidad de los funcionarios policiales del correo argentino. Barroco de trinchera: una lengua que se habla bajo fuego, en medio del combate, en una posición más subterránea que la oración de barricada. Una lengua menor pero urgente, apremiada por sacarle el cuerpo a la posibilidad de captura o destrucción en manos del enemigo. Una lengua política.

Desde Brasil, la perseverancia de Perlongher en la escritura y en la militancia pudieron hacerlo merecedor de un brechtiano título de “luchador de toda la vida”; no sé si lo hubiera aceptado. Como investigador, metió su cuerpo en la boca de los devenires minoritarios, los márgenes, las desterritorializaciones que en ese país tan deleuziano arrastraban y arrasaban todas las identidades: negros, artistas, malandras, travestis, drogados, *malucos* y otras “formas disidentes de subjetivación”. Como activista, continuó denunciando la represión sexual en Argentina, con sus seudónimos o sin firma, redactando testimonios e

informes que fotocopiaba y hacía circular por su cuenta entre los emigrados argentinos gays o héteros. Dos de esos informes inéditos aparecen en el Apéndice de esta antología.

También desde el exilio pudo repensar las condiciones de los espacios y las libertades cotidianas en el contexto del destape o la apertura que alcanzaría a Argentina con el regreso de la semidemocracia electoral. En 1984/85 ayudó a organizar manifestaciones como la Marcha del Beso que se realizó en el centro paulista en protesta por la detención de dos travestis que se besaban en la vía pública. Y comenzó a revisar sus propios pensamientos sobre política y deseo.

La última de estas cartas coincide con el fin de un ciclo en el florecimiento de la Rosa. Porque luego del 86 comienza su vinculación con el Centro Ecléctico de Fluyente Luz Universal “Flor de las Aguas”, más conocido como iglesia del Santo Daime: la etapa más asombrosa de su viaje sobre el filo de la identidad personal. Al contrario de lo que puede pensarse, su enfermedad no parece haber tenido influencias sobre esta nueva dirección de sus intereses: descubre que es HIV positivo en el 89, en Francia, bastante después de haber comenzado a tener contactos con el Santo Daime y de entrar en un “devenir bruja”.

Aproximadamente en los años 87/88 –al mismo tiempo en que escribe sus principales ensayos sobre el neobarroco– empieza a tomar ayahuasca o yagé (*Banisteriopsis caapi*), el amazónico vino de los muertos que estremeció las vísceras de William Burroughs y que la mencionada iglesia denomina *daimé* (significa “dame”). Sería tan injusto decir que esa búsqueda fue una consecuencia de su enfermedad como asociarlo a una religiosidad ascética, new age, lugares comunes y clisés de

California. Creo que su espiritualidad fue ante todo el éxtasis sin cilicios de la experiencia poética en alianza con la percepción alterada por las libaciones rituales. El contagio intelectual y vivencial del cuerpo místico y el cuerpo sin órganos. El anhelo de una experiencia intensiva de transustanciación donde se rompen las barreras corporales e identitarias, donde "...dado vuelta por las emanaciones de los brebajes alucinantes, el danzarín dionisiaco, absorbido por la exaltación musical de las cantigas en el acompasado ritmar de la floresta, sale de sí, se siente Dios"⁵. He aquí la deriva de la Rosa en pensamiento y en poesía, aquello que conecta la flor de la agitación micropolítica con la liana amazónica desde la cual realiza la zambullida final en los ríos del misticismo tropical.

Perlongher no era ciego al hecho de "la promoción expansiva de la mística y de las místicas, como manera de vivir un éxtasis ascendente, en un momento en que el éxtasis de la sexualidad se vuelve, con el sida, redondamente descendente"⁶. Y en algún momento se mostró preocupado por el nuevo curso de su travesía: "¿no terminaremos siendo todos unos brujos?" me preguntaba, a comienzos de los 90, cuando hablábamos de estos temas. Pero ya admitía ver "entidades" que no creía que fueran simples alucinaciones, y no le molestaba en absoluto que en aquellas ceremonias se las denominara con nombres cristianos. "Mirá, estás toda la noche, a oscuras, cantando los himnos, y te dan de tomar cada tanto esos jugos de la planta sagrada" decía, al relatar sus experiencias. "Y sí, da miedo, claro. Pero de repente entrás a ver cosas muy interesantes. Luz, mucha luz.

⁵"Poesía y éxtasis", *La Letra A*, Año 2, No. 3, 1991, Buenos Aires.

⁶"La desaparición de la homosexualidad", *El Porteño*, No. 119, noviembre de 1991, Buenos Aires.

Apariciones. La Virgen María, por ejemplo” (una virgen peculiar, ya que para muchos de los adeptos al Santo Daime, la propia *maconha* es denominada “Santa María”). Palabras de otra rosa, de otra década: sagrada, virgen, luz.

Podría entenderse a ese pasaje como la última etapa de un sondeo en la disolución del cuerpo individual dentro de la continuidad del ser; de hecho, Perlongher en algunos ensayos hace referencia a esta idea de Bataille. Del erotismo de los cuerpos disueltos transitoriamente en la orgía –implícito en la doctrina de la liberación sexual de los años 60/70– al torbellino de una fusión sacra e ilimitada en la cual la ruptura de la discontinuidad personal promete ser definitiva. Porque en vez de cerrar, obturar y enviar al interior de la mónada individual todas las conexiones corporales y espirituales, la fiesta chamánica proclama el sincretismo: el cuerpo se abre y se conecta a otros en un ensamble colectivo. Todos los flujos orgánicos, incluidos los vómitos, ya no provienen de interiores privados, tóxicos, vergonzantes: forman parte de un agenciamiento grupal que los vincula al exterior. Y al estirarse más allá de lo que le permite su destino orgánico o su regimentación habitual, el cuerpo se hace místico, infinito, “uno con el cosmos”. Comillas que distinguen el gesto de la Rosa al hablar del tema en forma autoirónica o distante de toda retórica de la credulidad.

Últimas imágenes de Perlongher en 1991 en la cantina Filicudi, calles Suárez y Hernandarias, barrio porteño de La Boca: bastón, salud frágil, mirada tierna hacia unos niños que jugaban en torno a una mesa vecina. Nos había llevado hasta allí Sarita Torres. Conversábamos: con el sida, el “safe sex”, el resurgir de la derecha religiosa, el aumento del conservadurismo y la restauración de la

conyugalidad, estábamos en plena contrarrevolución sexual. Néstor se apenaba por los más jóvenes. “Con todas las molestias que hay que tomarse ya no les queda margen para experimentar” observaba. “Al menos nosotros podemos decir: la pasamos muy bien con la promiscuidad, gracias. *Trepamos*⁷ cuanto quisimos y con todos los que pudimos encontrar en la deriva”.

El punto de fuga ya estaba en otra parte. Al año siguiente, Perlongher cerraba su artículo “El fin de la homosexualidad” (un análisis del grado de saturación al que habían llegado en la década anterior las vías sexuales de escape intensivo) con dos oraciones cargadas de sentido: “Abandonamos el cuerpo personal. Se trata ahora de salir de sí”. Era como si el liberacionismo sexual de años previos hubiese sido el paso primero de una exploración de los límites corporales hacia una radical entrega o rendición de sí. Creo que no se trataba de hastío, cansancio, pasión de abolición, sino del cruce de la liberación del deseo a la orilla que lleva al deseo de liberarse de todo deseo.

El 26 de noviembre de 1992, un rito funerario conducido por el antropólogo Edward MacRae acompañaba el descenso de los restos de Néstor Perlongher al centro de una fosa abierta en la tierra roja del cementerio de São Paulo, junto a un árbol con flores amarillas. Acaso el polen que multiplicaba pétalos y espinas en los ojales de la fiesta de las minorías, en las arenas nómades de la orgía, en los tubos de escape de la familia, del barrio, del ghetto, del suburbio, anhelaba derramarse también fuera del cuerpo y de sus órganos. Cantábase: “*Meu mestre a Vos aqui eu peço/ Para vos me guiar/ Me guie no caminho da Santa Luz/ Nao*

⁷Portuñol, de *tregar*: tener relaciones sexuales.

deixa ningúem me derribar". Acaso su movimiento había entrado en esa línea que atraviesa todos los devenires: vegetal, mineral, molecular, imperceptible. En vez de hacer pareja, de volverse una, la rosa mística y la espartaquista, la poética y la militante, comenzaban a hacer máquina, rosal, rizoma, multitud.

Una flor bajaba a la tierra para devenir mil rosas.

A veinte años de la última de las cartas que recibí de Perlongher, la publicación de esta correspondencia unilateral tal vez pueda sumarse a los intentos de hacer más inteligibles las discusiones politico-culturales del fin de una época y del comienzo de otra. Se sabe que las épocas, como las décadas, no coinciden nunca con números de un calendario. Quizá la presente amerite otras respuestas. Si fuera posible continuar el diálogo, me gustaría reescribir mis réplicas, sobreimprimir los textos despachados, rehacer el pasado. Qué ilusión de omnipotencia. Releo: "escribí, que no quiero perder el vínculo". Veo que me dice (todavía): "haceme quedar bien". Escucho aún su pedido de consejo sobre si él/ella debería pagar o no pagar por la edición de uno de sus primeros libros. Le diría, le digo: tenés que seguir publicando, qué duda cabe. Algunos de los que estamos aquí, mientras sigamos vivos, nos encargaremos de ello. Seguros de tu deseo.

Baigorria, julio de 2006

Cartas

Tablada, 21 de agosto de 1978

Queridos Osvaldo / Milu

Me alegra que mis nefastas presunciones no se hayan cumplido y que continúen morando en esas altas latitudes. Mucho he tardado empero en contestar; tal mora parecería desmentir mi alegría. Mas no es así: que envuelto en la maraña –trabajo a la mañana en una escuela como Asistente Social y a la tarde hago encuestas, hasta de tres empresas a la vez, y poco tiempo me queda para vivir.

La mayor parte del día se desarrolla en colectivos, puesto que mi vivienda queda excesivamente apartada –circunstancia que les hará sonreír, si recuerdan mi inextinguible amor por el centro– y la serenidad no es una virtud que tenga a los vehículos como mejor contexto para desarrollarse. Así que estoy padeciendo los horrores de la civilización, sin haber tomado aún vuestro sabio camino.

No son innúmeras las dificultades, sino una, y sé que la conocen, la que me ata a este país. No es un problema de voluntad, ni tampoco un problema de dinero. Lo más probable es que me vaya al Brasil, donde los requisitos para entrar no son tan complicados y las posibilidades de conseguir laburar en investigación de mercado, si bien no son abundantes, por lo menos existen, condición que no se da en ninguno de los países limítrofes.

Una de las pocas cosas divertidas que me han ocurrido es que me ha sido premiado un poema en la

SADE, en un concurso de poetas inéditos. Concurrí en consecuencia a una penosa ceremonia, en la que los concurrentes fuimos bombardeados con discursos interminables y latosos y la lectura de poemas mediocres, al término de la cual fui depositario de un diploma que atestigua mi ingreso al Olimpo. Después uno de los jurados se deshizo en frases admonitorias. Confieso que me divertí; fui con cuatro amigos de dudoso aspecto, cuya presencia contrastaba con la solemnidad del lugar. También mi poema creo que contrastaba. En fin, suelo ser escenario de confusos contrastes y desastres.

Mi estado de ánimo es más bien pésimo. Padezco de soledad, melancolía y paranoia. Mis relaciones con la señora de ojos vendados y balanza de almacenero no son nada buenas, si bien ninguna catástrofe ha sucedido aún. Todo está como hace un año.

También yo estoy como hace un año. He vivido un año en blanco, horrible. Hay un poema de Neruda que dice: "1948, mal año, año de pestes", o algo así. Me parece que ya lo cité.

Vuestras revelaciones sobre la poda y siembra de árboles me resultan francamente tranquilizadoras¹. De todos modos existe la posibilidad de que algún desprevenido se coloque del lado que va a caer la conífera, lo cual se podría ilustrar con un gráfico que no viene al caso adjuntar. En realidad, la paranoia es un fantasma que se lleva con uno y puede constituirse en cualquier lugar. Estoy haciendo una proyección.

Realmente no recibí vuestra carta anterior a la de las coníferas y ello me preocupa. Con mi correspondencia suceden cosas extrañas: cartas que llegan abiertas, otras que llegan sin matasellos y otras que no llegan. En fin, no es para preocuparse demasiado, si uno no tiene demasiado que decir.

A veces me pregunto: volveremos a vernos alguna vez? Yo espero fervientemente que sí, mas, si ello no ocurre, tratemos de compensar con la puntualidad de nuestras cartas lo azaroso de las distancias.

Pregunta para O.: sigues escribiendo? Y en caso afirmativo, en qué idioma los haces?

Yo he abandonado mis estudios de inglés, en razón de que la amiga que me enseñaba no tiene ahora tiempo para hacerlo. Veo además que mis posibilidades de viajar a un país de habla inglesa son escasas. Estoy tendiendo muchas redes a España; de todos modos, hasta que no resuelva mi situación, mis planos son vanos.

Espero que me contesten pronto. Os mando mis más amables besos.

n.

1 Perlongher trabajaba como encuestador y como asistente social escolar en la Dirección de Psicología del Ministerio de Educación de la Provincia de Buenos Aires. En una de sus primeras cartas, lamentablemente extraviada, preguntaba cómo eran los medios de ganarse la vida en las montañas; mi respuesta abundaría en explicaciones sobre la tala de árboles con motosierra y también sobre la más amable actividad de siembra de coníferas realizada en forma manual, con pico o pala. En 1978 se calculaba que Canadá tenía 16 hectáreas de bosque por habitante, el 95 por ciento de ellas explotable con fines comerciales, siendo las exportaciones de madera la segunda fuente de ingreso del país. En algunos años se han cosechado más de 200 millones de metros cúbicos de madera y sembrado 500 millones de árboles. En la Columbia Británica, que tiene 48 millones de hectáreas con coníferas bajo administración

del gobierno provincial, un sembrador puede plantar, según la inclinación y otras condiciones del terreno, un promedio de 800-1000 o más arbolitos por día. El trabajo suele ser con pago a destajo, en campamentos transitorios, en zonas remotas y durante pocos meses al año: una salida laboral atractiva para refugiados, estudiantes, vagabundos y amigos de lo precario.

Buenos Aires, 1 de abril de 1979

Oswaldo (y Milu)

(sus majestades árticas) queridos, remotos

escribo abriéndome paso en este reino de papeles carpetas lapiceras puchos cenizas encendedores cuadernos vasos de whisky (nos vamos para arriba) que es mi mesa (debería decir: de esta mesa, etc., que es mi reino) festejemos la inversión y recordemos vagamente una de tus escasas esquelas dactilografiadas, (señal de un paulatino regreso a la civilización que me parece regio, ya que facilita sobremanera la comprensión del texto y le da más fluidez a la escritura –aviso de Olivetti, la gran marca italiana de máquinas de escribir). Es evidente que hoy no estoy demasiado inspirado: ya rompí el primer intento –que conocerá el confort de las cenizas– y sólo emergen pavadas retóricas de mis dedos (de mi cabeza). Ocurre que mi carácter de integrante del jet set interprovincial me obliga a constantes periplos por las 14 provincias¹; ello hace que si no te escribiera hoy –restándole tiempo al empacamiento (de empacar)– no podría hacerlo hasta la próxima semana, puesto que mañana marchó a Mar del Plata con la intención de investigar los vicios tabacales de los nativos. La misma actividad me llevó a medir a los rosarinos, laburo que me insumió un mes, y me obliga a un constante ir y venir entre aeropuertos atestados de viajeros de comercio y hoteles de conserjes inexpresivos. Ya estoy un poco hartó de tanto nomadismo, puesto que no puedo

emprender ninguna actividad sistemática, pues los pocos días que estoy en Baires los dedico a recorrer sus añoradas callejas y en visitar a los pocos amigos que sobreviven a mis peregrinajes. De todos modos Buenos Aires es absolutamente imbankable —cada vez más— y en el interior la cosa es un poco más tranquila, aunque hay que soportar el telurismo. Pienso que si volvés no reconocerás esta city que supo ser tan loca, ahora apagada como una lamparita quemada: rostros cabizbajos y amedrentados en las vidrieras inaccesibles. Mi situación económica no es mala, sospecho que aún no me he achanchado, aunque quizás vaya en esa dirección: salvadme, remotísimos! Se dilata mi dicotomía entre el relativo bienestar económico que estoy teniendo aquí, en medio de esta época de crisis (bienestar de dudoso mérito, puesto que todo está tan caro que no se puede comprar nada) (vaya preocupación) y mi deseo de radicarme en zonas de climas más cálidos, como ser los brasiles, paraísos terrenales que tuve la dicha de conocer en el último verano, quedando enteramente fascinado, aunque, claro, no es tan fácil abrirse paso allí, en especial si uno no tiene la residencia, para obtener la cual es requisito contraer enlace con alguna indígena, y ya conocés mis reticencias al respecto, las que podrían eliminarse, sí, pero subsiste la dificultad de hallar quien se preste a conyugarse con un marido tan exótico. La pasé bárbaro en los trópicos —consideración meramente geográfica, ya que no hace más calor que en Baires, al menos en São Pablo, no sé si en Rio porque la semana que estuve llovía todo el tiempo, por lo que me pareció una ciudad demasiado húmeda para todo, y retorné de prisa a São— (dilatado cierre de guión). En fin, te abrirás paso en la maraña tipográfica y sabrás que permanecí en São tres semanas, en la casa de unos amigos macanudos; días caracterizados por permanentes, infinitas tropelías por las

vías públicas y no tan públicas. Quedé muy apegado a la democracia racial brasilera, a la que conocí –presumo– demasiado de cerca. En brasil todo es relativo, desde la democracia hasta la liberalidad. Con todo es una sociedad infinitamente más permisiva que la argentina, y se pueden hacer cosas a plena luz que aquí causarían espanto en la más absoluta penumbra. En fin, un país más o menos habitable. Descontando que a mí me gustan las grandes ciudades. Como São Paulo.

Retorné quejumbroso a mi patria, deseando volver a los brasiles, y dudando si largar todo e irme. Aquí me la paso prácticamente encerrado –cuando no inmerso en los frágiles encantos de Tucumán o Rosario– en mi depto de un ambiente con vista a los techos del corazón de manzana.

Pero no todo es pálida: el próximo viernes se presenta una antología² en la que incluyen tres poemas míos, una cosa bien underground y pobre; quizás por el mismo sistema me anime a publicar mi primer libro de poemas, pagado por mí, que se llamaría Austria-Hungría, cuyo poema central sería un diálogo entre dos locas (austria y hungria) que se pelean y debaten las alternativas ante la próxima irrupción de los germanos, todo es un lenguaje muy barroco, y con algunas alusiones modernas no demasiado claras. En fin, lo verás si sale. Sorprende la constancia de esta escritura –que ya va para seis años– y me tranquiliza pensar que ninguna sombra de interrupción se cierne sobre ella.

Van enérgicas alabanzas a vuestra infinita paciencia, dioses gélidos.

Lo que dice T.³ sobre vuestras presuntas ideologías comunitaristas no merece ser tomado demasiado en cuenta, pues él es uno de esos tipos capaces de negar su propio

discurso –generalmente delirante– en un plazo de 15 minutos; lo cual, pese a su apariencia corrosiva, no es una crítica de mala fe, pues sigo siendo muy amigo de él, y es un tipo macanudo, pese a sus disparatadas tiranías. Él no se banca latinoamérica, y de tanto en tanto emigra; termina retornando y defendiendo las formas más asquerosas del atraso. Yo en términos generales coincido con lo que él les atribuye, que es una defensa de las sociedades avanzadas, en el sentido de que allí se vive con menos terror, aunque hay gente que prefiera las desmañadas, con todo su escenario de tragedia. Basta de elucubraciones insensatas: no se preocupen demasiado por el árabe sirio.

Para acabar, confesaré que me embolo bastante en esta ciudad chota, aunque para hacer tengo mucho (trabajos, escrituras, poemas); pero por momentos tengo grandes tentaciones de deprimirme infinitamente, a las que trato de no ceder, conciente de que ello debilitaría mis ya frágiles defensas en esta sociedad paranoica y medianamente asesina. Acá la cosa no tiene viso de mejora. Pero también dejaremos prudentemente lo que antecede librado a vuestra fértil imaginación y nos despediremos emitiendo vastos deseos de tener pronta correspondencia que me dé la agradable, envidiable, sensación de que en otros países (otros mundos) los pobladores no sufren tanto.

Sacrificados besos de
n.

- 1 Refiere a su trabajo como encuestador para agencias de marketing.
- 2 Poesía 80, ediciones La Cebra Dormida, 1979, Buenos Aires. Una antología de 44 páginas en la que Perlongher publicó por primera vez los poemas "Érase un animal", "La murga, los polacos" y "Por qué seremos hermosas". Su nombre figura en minúsculas en la portada junto a los de miguel grimberg, carlos barbarito, miguel millara, marcelo marcolin, alberto nigro y alejandro salguero. En la primera página del ejemplar que envió por correo a Canadá se leen las siguientes palabras manuscritas: "Para que se congele entre las nieves árticas. Con amor, Néstor. Ago.79" .
- 3 Un amigo que viajó a Canadá y visitó la comunidad de Argenta, ubicada a más de 900 kilómetros al este de Vancouver y a unos 150 km al norte de Nelson, a orillas del lago Kootenay y sobre la falda del monte Willet, a casi mil metros de altura sobre el nivel del mar, entre los paralelos 49 y 51 N.

Baires, 12 de junio de 1979

Dear Osw.:

Dejé pasar cierto tiempo para responder tu maquina esquela, por motivos que no recuerdo y que no viene al caso reinventar ahora.

Sólo que tus preguntas acerca de los míticos budas¹ me sirvieron de excusa para visitarlos –después de casi un año de no verlos–, aprovechando la realización de una supervisión de una encuesta cerca de la casa de ellos, y constatar que:

1. Me convidaron con un sandwiche de milanesa.
2. José se torna más agresivo a medida que Marta más dulce.
3. Tienen como una empresa familiar destinada a la producción de posters de tela, una pavada que se ha puesto muy de moda en estos subdesarrollados paraísos, apelando a las más cochinas concesiones (vg. estaba muy ocupado pergeñando un trapo recordatorio del mundial) en aras de la autonomía de empleo. Sugerí te envié un postercillo.
4. Te recuerdan como se recuerda a los viejos tiempos aquí –de una manera vagamente vergonzante, como las travesuras de un niño culposo– y recibió a tu hermana², quien le propinó noticias de tu extraño periplo por el Cuzco³. Con José coincidimos en señalar lo tamaño de la psicosis que impidió tu acercamiento a Baires, donde te hubieras podido encontrar con arcaicos y derrotados colegas

y hablar de los rescoldos de una hoguera ya extinta.

5. Se presta no obstante –el buda– a la charla sobre temas generales y resulta en fin una persona agradable –sensación que se fue profundizando a medida que se acercaba el momento de irme.

Espero que así consideres satisfecha tu inquietud; naturalmente, ambos tibetanos reiteraron hasta el hartazgo su promesa de escribirte, tropezando con mi irónico escepticismo.

Insistieron también en que les contara algo de ustedes; en qué aprieto me ponen! Amparándome en el presunto bucolismo de vuestra existencia, dije – lo digo siempre que me lo preguntan– que nada destacable alteraba la mansedumbre de vuestro paraíso rural. Ante el lógico efecto de despreocupación y ligereza que tal respuesta causa, ruego me envíen noticias más o menos contables, a fin de poder satisfacer la curiosidad de los argentinos por la acción y la anécdota.

Supongo te sorprenderá lo organizado de mi postalidad. Sucede que tras haber perdido mi condición de inédito –que es algo así como perder la virginidad– en el plano de la poesía, ascenderé a la fama de las letras de molde en lo sociológico, mediante la publicación de mi ya remanido trabajo sobre los prostitutos, lo cual carece de toda importancia desde un punto de vista trascendental, pero no deja de ser un pasito en el desmonte de la jungla cultural local, algo así como lo que para vos puede ser tener una araucaria nueva o cazar un oso.

La reticencia de asesinar gallinas es compartida por mí –es uno de los pocos rasgos en común con mi familia–.⁴ Cuando vivíamos en Avellaneda, nos regalaron unas gallinas vivas con el fin de que las comiéramos. Por meses, se les

improvisó un gallinero en el tragaluz: nadie se animaba a empuñar contra ellas el cuchillo homicida.

Nuestro común trabajo sobre la moral –recuerdas osw?– está despertando, pese a los cajones donde oscuramente mora, cierto interés. En caso de que suceda lo peor –la publicación o la autorización para que lo citen–, incluyo tu nombre (era margot?)?

La denominación bajo la que ocultamos nuestras incertezas es –como imaginarás– imban cable para la Argentina.⁵

Respecto de tus desvelos por descifrar el idioma de las ardillas y las gallinas –y otros, supongo, la carta es algo vieja– admiro desde la distancia tus inquietudes, aunque sin compartirlas (a no ser que me decidiera a interpretar el vuelo de las moscas, a la manera de esos juegos con tazas de azúcar y de miel y mujeres que se cubrían o descubrían alternativamente los senos, propios de la aristocracia de la Belle Epoque). Menos pretencioso, me contentaría con aprender inglés.

Temporariamente está viviendo aquí, en este pequeño hogar de un ambiente, un sobreviviente del grupo Parque⁶ que dice conoceros: César; entre sus recuerdos incluye a una parejita integrada, creo, por Alba y Néstor⁷, psicólogos, que me producen una reminiscencia demasiado vaga como para poder pensar en nada serio.

Concha y osw: ha pasado demasiado tiempo, viejos y achacosos nos encontraremos finalmente tramitando la jubilación en Singapur, en la cola de un banco islámico (sin interés) adonde irán a parar nuestros magros ahorros resultantes de la tala de árboles y la recolección de ideologías. Sugiero que otra vez que se lancen a Latinoamérica agarren por el lado de Brasil –cuya cultura juzgo más interesante que

la melancólica supervivencia de la tristeza incaica— y es además un lugar francamente divertido. De las opciones ofrecidas, Rio me parece la más inmediata. Al menos, es casi seguro que en enero o febrero (quizás y) viaje a Brasil; pugnaré por llegar a Bahía, me encantaría que nos encontráramos, la pasaríamos rebien: Bahía me resulta un lugar un tanto temible para ir solo, en general detesto ir solo de vacaciones.

El proyecto Barcelona deberá esperar por lo menos hasta el 81, pero tampoco es improbable. Lo más raro es San Francisco, no por que no me interese ir —todo lo contrario— sino por el problema de la visa y también del idioma. Mis periplos me han obligado a abandonar el estudio de portugués, cuando tenga algo más de tiempo me dedicaré al inglés, juro solemnemente, y me despido con los besos y abrazos de costumbre, democráticamente repartidos entre ti y la concha, de quienes espero desconchantes nuevas. chau. néstor

- 1 Una pareja de amigos que aquí figuran con seudónimos. Ambos formaron parte del Grupo Política Sexual que cofundó Perlongher en 1972. Inicialmente, la bibliografía de este “grupo de estudio y práctica” incluía a El origen de la familia, la propiedad y el estado de Engels, Contribución a la crítica de la economía política de Marx, La respuesta sexual humana de Masters y Johnson, El malestar en la cultura de Freud, Psicología de masas del fascismo de Wilhelm Reich, Eros y civilización y El hombre unidimensional de Herbert Marcuse, El segundo sexo de Simone de Beauvoir, Política sexual de Kate Millet, La dialéctica del sexo de Shulamith Firestone y Diario de un educador de Jules Celma, entre otros.

- 2 No tengo hermana biológica, que yo sepa; seguramente refiere a una hermana de mi ex pareja. Puede tratarse de un error de apreciación, de un olvido o de un equívoco intencional para evitar el término “cuñada” o para dirigirse a ambos como a una sola persona.
- 3 Un viaje realizado desde Canadá hasta Cuzco, Perú.
- 4 La mencionada “reticencia” alude a ciertas discusiones en torno a la muerte y la avicultura. Matar era una tarea desagradable para quienes criábamos animales de corral y nos sentíamos moralmente obligados a llevarla a cabo por razones socioeconómicas, ecológicas y hasta “humanitarias”. En la comunidad rural había un gallinero colectivo y otros más pequeños para uso personal o familiar; esto último era, naturalmente, optativo. Muchos habían decidido ser vegetarianos. En mi caso, sólo criaba gallinas por sus huevos, de modo que tenía varias ponedoras y algún gallo. Por lo general, las dejaba morir de viejas pero algunas debían ser sacrificadas o regaladas a otros para que las maten y, aunque su carne ya no era tierna, así servían de alimento. Matar era también complicado desde un punto de vista técnico, ya que debía hallarse –a menudo mediante prueba y error- el procedimiento más eficaz, rápido e indoloro que estuviera al alcance de las capacidades del verdugo. Personalmente, creo que la decapitación aseguraba una muerte veloz y con el menor sufrimiento posible a la víctima, sin contar los venenos o drogas que por obvias razones de salud y de gastronomía no podían ser usados. El acto requería, como la perversión de Sade, cierto orden. Pero no puedo decir que sentía placer; detestaba hacerlo. Conocía a todas mis gallinas, las distinguía por su color, porte o conducta social en el gallinero. Y solía encariñarme con ellas, de modo que el gesto de separarles la cabeza con un golpe de hacha o machete me resultaba bastante perturbador. Lo realizaba sobre el tocón grueso de un árbol talado, en uno de cuyos bordes había clavado un tornillo para atar desde allí con un cordel la cabeza del ave (un nudo que se hacía con suavidad, sin apretar ni tironear demasiado) para que el cuello quedara expuesto en relación al emplumado resto del cuerpo. Así no podía fallar el golpe ni lastimar al animal. Era un trabajo de

dos, ideal para una pareja: después de atrapar por la noche o la madrugada a la víctima semidormida, uno le aferraba ambas patas y otro blandía el arma blanca. Esta última solía ser mi función. Desde luego, los más baqueanos en la vida agrícola usaban otros métodos, como el degüello o la rotura de las vértebras cervicales. Una vez tuve que ayudar a un chico que había crecido en la comunidad a degollar cuarenta pollos en una sola mañana: yo sostenía a los animales y trataba de apartar la vista del lugar del corte. Los lugareños parecían encarar la faena sin darle demasiada importancia. Para mí no era fácil. Aún recuerdo cada rostro de perfil de cada ave en el momento en que estaba a punto de descargar el hachazo, el único ojo con que podía mirarme, su expresión de terror, acaso sin entender o sin terminar de aceptar que le había llegado la hora como a tantas otras después de años de convivencia con humanos en la granja. También recuerdo el olor, el calor del cuerpito, la fría superficie rugosa de las patas, los movimientos convulsivos, el párpado que se cierra para siempre. Después había que dejar desangrar el cadáver, hervirlo en una olla o tinaja para aflojar las plumas y así poder arrancarlas, destriparlo, trozarlo, etc. Todo muy sangriento. Claro que la experiencia de disolución de la identidad que puede provocar un sacrificio es siempre parcial para el verdugo, quien podrá reconstruirse como sujeto luego del acto de matar; si se percibe a sí mismo como un simple ejecutor, un “brazo armado” de la familia o comunidad, el contexto social le facilita la reconstrucción. Para personas de origen urbano que atravesaban la experiencia por primera vez, sin embargo, el hecho de sangre podía resultar abrumador, debido a la brutal exposición in situ del lazo material que existe entre comer y matar a un animal para comer.

5 Todo este párrafo alude a la investigación “La moral sexual en Argentina” realizada bajo la denominación del Grupo Política Sexual. Un comentario del informe de investigación, junto a algunos fragmentos, fue publicado en la revista 2001 en noviembre de 1973.

6 El grupo o movimiento Parque fue la denominación de un encuentro dominical-contracultural que aconteció desde abril de

1973 hasta principios de 1974 en Parque Centenario, a partir de una convocatoria pública de referentes del periodismo de rock, sobre todo Miguel Grimberg y Jorge Pistocchi. En las primeras reuniones se acercaron hasta 500 personas, constituyéndose grupos de comunidades, teatro, cine, música, poesía, artes plásticas, acción social, psicología y esoterismo. Con distintos grados de participación, por allí pasaron Emilio del Guercio, Luis Alberto Spinetta, Rodolfo García, León Gieco, Raúl Porchetto, entre otros. Perlongher asistió a un par de encuentros y publicó su poema "Defensa de los homosexuales de Tenochtitlán y Tlatexlolco" en el boletín Parque no.4, en junio de 1973; probablemente fue su primer poema publicado y firmado con su nombre de pila: "Néstor". Parque era una publicación con tantas páginas como colaboradores: cada interesado aportaba una hoja de tamaño oficio escrita de uno o ambos lados y un grupo se reunía los sábados para imprimir a mimeógrafo y abrochar todo el material que se distribuía en forma gratuita los domingos, sin ningún tipo de control ni edición de los textos. Algunos números tuvieron más de veinte páginas; otros, una o dos.

- 7 César, Alba Píccoli y Néstor Cabobianco participaban en el Grupo de Psicología del Parque. La bibliografía de este grupo de estudios y prácticas psicodramáticas incluía a La muerte de la familia de David Cooper, Pedagogía del oprimido de Paulo Freire, Los condenados de la tierra de Frantz Fanon, El ser nacional de Hernández Arregui, La revolución sexual de Wilhelm Reich, Eros y civilización de Herbert Marcuse y La lucha por la liberación nacional de John William Cooke.

Baires, 1 de octubre de 1980

Queridos Miluz y Osw

Qué pasó con vosotros iluminada Miluz, oscuro, impronunciable Osw? Vuestro silencio se ha tornado denso como una noche ártica? Acaso el espectáculo repetido, inefable, de la flota soviética anclada en la rada de Vladivostock obnubilado hálos al extremo de no poder preferir hiato ni rima, ni hato de sílabas o elipses, ni desplazar por la cansada máquina los sarmentosos dedos que tronchan abnegadamente troncos, hachan? Manden al menos una ramita para que nos, supervivientes de este vasto espacio en blanco, de esta “sabana de la sábana” (Sarduy) nos consolemos en la opacidad de nuestros oscurecimientos –la aviación chilena es como la iraquí¹– con la esplendidez de vuestro mundano, aunque agrario, deambular.

La turca² abre un paréntesis en la preocupación por sus oleosos hermanos calcinados para trasmitirme reiteradamente la marcada preocupación por vuestro callar, callose, vuestro cayo. No es esta la primera vez que intento conmoverlos con mis ruegos; escribí, creo desde Córdoba, una carta manuscrita. Luego, les mandé, desde acá, mi imperial opera prima³. Si no les gustó, no importa, hasta pueden escribir sin mencionármelo. Pero, por amor de quien sea, o de nadie, den señales de vida.

Acá en tanto sazone mi desocupación –la recesión me ha entregado al paro– con letargos de radical pereza. Por lo general, me aburro. Me aburro tanto que no puedo pensar

en otra cosa que en mi aburrimiento, lo cual resulta doblemente aburrido. He hecho una rápida incursión por los Brasiles, que continúan siendo maravillosos. Para las vacaciones, por lo menos porque también vienen con recesión y una ley contra la inmigración pirata que recuerda la fortificación de Cartagena en los tiempos de Morgan.

Veo cómo la influencia de nuestra patriótica Junta se expande poco a poco: el ejemplo cunde, e inflama de fervor tenso mi verba, presenciando lleno de orgullo cómo esta nación antes raquítica se torna cada vez más segura y poderosa. Las dificultades que podamos atravesar son insignificantes sacrificios en aras de la grandeza de la patria. Así, imbuidos de ese espíritu de grandeza, llegaremos otra vez a Guayaquil: ya falta poco.

Mis proyectos de viajar a Europa deberán postergarse debido a que no me han pagado gran parte del dinero ganado con el sudor de mis biromes. La crisis viene pesada. Cierran las empresas pequeñas; y las grandes, también. Pero qué puede importarles todo esto a ustedes, que vienen mirando caer los grandes árboles en la ondulada estepa.

Sean buenos, contesten ya.

un beso de
Néstor

Contesten a mi dirección de Buenos Aires.

1 En setiembre de 1980 Irak invadió a Irán, a partir del pretexto de una antigua disputa territorial sobre los márgenes del Shatt al-Arab,

río formado por la confluencia del Tigris y el Éufrates, zona rica en petróleo, junto a acusaciones de intromisión iraní en la política interna iraquí. Se cree que el régimen de Saddam Hussein habría aprovechado el creciente aislamiento de Irán bajo el liderazgo de Jomeini para lanzar ese ataque que contó con el apoyo de Kuwait, Arabia Saudí, EE.UU. e incluso la Unión Soviética; a Jomeini sólo lo apoyaban Siria y Libia. Luego trascendió que la aviación de Hussein había utilizado gases tóxicos en bombardeos a ciudades e instalaciones petrolíferas. Perlongher alude aquí a un miedo instalado en Argentina a partir de 1978, cuando en vísperas de la Navidad el país estuvo a un paso de la guerra con Chile por una disputa de límites sobre las islas del canal de Beagle, que comunica a los océanos Pacífico y Atlántico. Una flota naval y miles de soldados argentinos fueron enviados a las fronteras y en algunas ciudades, como Usuhaia, las calles se despoblaron a la espera de un bombardeo chileno. Más tarde se supo que la Junta Militar argentina tenía planes precisos para invadir Chile tras una batalla aeronaval. Primero unas adversas condiciones climáticas en el Cabo de Hornos, y luego una gestión del Papa Juan Pablo II, habrían evitado esa invasión. El conflicto acabaría recién en 1984, bajo la presidencia de Raúl Alfonsín, cuando un tratado de paz con Chile fue ratificado por Argentina mediante un plebiscito.

- 2 Amigo que viajó a Canadá y que tenía un probable origen sirio-libanés.
- 3 Se trata de Austria-Hungría, 1980, editorial Tierra Baldía, Buenos Aires.

Seranilla Chiquilla, 20 de mayo de 1981¹

La belleza de tu carta no logra –ni quizás pretende– disimular la agudeza de tus juicios, la disparidad de nuestras perspectivas. Separados por lustros y continentes –lustros incontenibles y continentes lustrosos– disparamos en pos de cornucopias que sólo en lo aparente se contradicen. Tu (vuestra) búsqueda, la mía. Los mil(agros) del idioma, de la manutención de este estirado balbuceo.

Me ha costado –reconozco– un tanto digerir los certeros hachazos (de leñador?) de tu crítica. La irrealidad, la impronunciabilidad: refugiado en el vano castillo de las palabras, “donde está el hombre” (Puig) que no lo veo? Tampoco yo sé dónde queda Cracovia, ni me importa: es nada más por el crujir de esas consonantes que la invoco.

De todos modos, mi marginal imperio no pasa por ser un mal menor: la editorial fundió –el editor era también mi amo laboral: desocupado yazgo–, mis poemarios apenas si se distribuyen –y menos si se venden; ese programa lo escucharon pocos, y un solo diario –Convicción, de la Armada (!) –ay marinero suerte para mí– me dedicó unas (extensas) líneas. Huelo cierto sarcasmo en tus líneas, y el temor a que no comprendas la imposibilidad –la irreductibilidad– de pasar a otros códigos mis intensidades me lastima. No es por lo que me dices, para nada, es por cierta atmósfera que emana –perfectamente puede no convencerte lo que escribo–. Y lo que te digo me lo digo, antes que nada, a mí: hablo de nuestra (social, “sistema-tica”) reticencia a reconocer la viabilidad de

otros senderos diferentes al nuestro: el oprobio del monoteísmo nos esclaviza: tendemos –aún “inconscientemente”– a considerar nuestros destinos como los únicos posibles, a cagarnos en la pluralidad. Y te lo digo con toda la dulzura de que soy, pese a todo, capaz. Los quiero mucho, de alma (?) y lamentaría que un infame librito –o la poética tala de un arbolillo– nos precipitara al silencio. A la separación. Por favor, no. Falo sentidamente.

Estas confesiones no están exentas de algunos felices reencuentros que han acabado en felices evocaciones de tu corporalidad, de vuestra presencia –oh la siempre gloriosa Concha–: recuerdas a la réproba Mónica²? Y a la aún más infame –por amparar sus herejías– Sarita³? Pues hete aquí que tras tantos años de rencor nos hemos reconciliado: todos. No te alegra? En algún lugar deben yacer –ojalá (que ha de decir la historia)– las cenizas de esas terribles cartas de anatемización. Recuérdanlo, diablillos? Mónica se ha inclinado al esoterismo: aterrada por la inminencia de la fin del mundo, esparce la localización de los refugios que, en su fe, escaparán al horror termonuclear: no negaré que con atención la oigo. Con la bellísima Sara –hoy la amo fervientemente, y ella a vosotros ídem– perdón por los errores, es el gin– la reconciliación ha sido verdaderamente paradisíaca, y el fervor de aquellos tiempos no se ha detenido en la melancolía. Desde Brasil te mandaré más detalles de nuestras renovadas pillerías. Hasta una historia de nuestros comunes atrevimientos se pretende.

Sí, me voy al Brasil. Acaban –hace unos días– de llamarme desde la paradisíaca Bahía, congratulándome con la puesta a mi entera disposición de un cuarto. Insostenible, parto, hartó. La fascinación de los botones –oh elegías del entrelineado– me ha deparado, nuevamente, sombrías

estadas. Cuyo relato ahorro. Que sumadas a mi paro –y a la insatisfacibilidad (vaya neologismo) de mis pulsiones –me encaminan hacia un exilio no tan electo cuanto imperioso: hace ya un mes que mis comunicaciones epistolares con el Brasil están cortadas: las cartas parten, pero no llegan; ellos, mis amigos, han recurrido a las onerosidades del teléfono para darme cuenta de su disposición a la acogida. Recuerdo aún con emoción vuestra llamada, y me emociono nuevamente –una sobreabundancia de la nostalgia (saudade).

Oh Dios(a): cuánto he bebido! Mi reclusión –no salgo ni a comprar cigarrillos– carece de otros desahogos. La inminencia del desafuero no varía la orientación de vuestras epístolas: seguirán escribiéndome a Baires, hasta que mi aviso les anuncie las glorias de la extranjería.

Desde la soledad más radical(izada), van penuriosos besos. Y un abrazo particular a Concha.

Firma: Rosa

PD: tu revista agraria⁴ jamás llegó: su espera –que contaba, para su inteligencia, con la complicidad de Fátima⁵, quien acaba de abrir un boliche de ropa– incidió en el estiramiento de esta contestación, que ruego no sea imitado. Vuestro proyecto de periplo europeo será desde el trópico confirmado: me copa –de corazón–.

1 En esa época, Perlongher vivía en su departamento de la calle Serrano, luego Borges.

- 2 Mónica Giraldez, poeta, vecina y amiga de Perlongher desde la adolescencia, que luego se inclinó hacia el culto del Santo Daime.
- 3 Sarita Torres, amiga, protectora, casi una hermana adoptiva de Perlongher. La correspondencia que éste le envió desde São Paulo puede leerse en Perlongher, N. Papeles insumisos, 2004, Santiago Arcos Editor, Buenos Aires.
- 4 Se trata de The Smallholder (puede traducirse como “El minifundista”), una publicación decana de la prensa alternativa canadiense y referente del movimiento de “vuelta a la tierra” en la costa oeste. Desde la década de 1970, se distribuye por correo a miles de suscriptores de origen urbano instalados en zonas rurales. A la fecha de la edición de este libro continúa publicándose regularmente cuatro veces por año.
- 5 Seudónimo de un amigo y ex compañero de militancia de Perlongher.

São Paulo, 22 de septiembre de 1981

Querido Osw:

Muchas veces acaricié –o sobé– la idea de, amparado en las tropicalidades, en sus blanduras, narrarte sin vanos arcaísmos, sin barroquismos de trinchera, los avatares que en este largo tiempo me han sucedido, y cuya crónica la sistemática curiosidad de los chasquis llevaba –lo has, pobre, padecido en ojo propio– al hermetismo, al jeroglífico. Pero algo atenta contra tan realista –y socialista?– intento: la proliferación de ocupaciones, trámites, enlaces, ceremonias, mendicidades, ruegos, etc.: hace ya casi 3 meses –el domingo 27 me vuelvo a Buenos Aires porque se me vence el visto –que estoy aquí, harto de los horrores y las paranoias porteñas, y deseoso de descubrir alguna estratagema que me permita permanecer en los trópicos. Ignoro qué de las innúmeras –poéticas–versiones sobre mi vida te han llegado: y tampoco me animo –me deprime sobremanera– a derramarte por esta vía (aérea) las lágrimas (desesperadamente literales) que sucesivas reclusiones y encontronazos con los azules –ojalá blues– me han arrancado: sólo baste decirte que entre febrero y abril he sido detenido tres veces –la primera de ellas, en Mendoza, apaleado, por el mero delito de mis preferencias eróticas, o, aún, por su suposición. Cada nuevo desliz –inevitable a pesar de mis innúmeras precauciones: pasaba la vida recluso en mi departamento y temblaba cada vez que tocaban el timbre– me arrojaba al marasmo de la depresión, a

un incremento de la paranoia que abría de conducirme necesariamente a la extinción, – y física–. Amén de ello, desde julio del 80 que prácticamente no trabajo –la empresa que me conchababa quebró y quedó adeudándome honorarios tan suculentos como inexistentes. Y estuve seis meses luchando para cobrar algunos míseros pesos. Dilapidé entonces buena parte de mis ahorros sacrificadamente liados, y sometí a la degradación de venderme a mezquinas empresas por míseros jornales –la promesa de un millonario empleo me hizo cometer el error de permanecer en la Argentina desde enero hasta marzo, fecha en que finalmente salió el trabajo (una investigación en todo el país, que finalmente se redujo a una sola provincia) y era una miseria el pago –y no pude cobrarlo hasta junio. Ello en medio de un terror indescriptible: cuidándome de no cruzar la calle aquí porque estaba la cana allí, yendo al cine de tarde por temor a ser interceptado, sometido a una visita del poder en ocasión del trámite del pasaporte –que demoró 4 meses y me obligó a recorrer sombrías reparticiones a donde los abogados no pueden entrar, –absteniéndome de visitar los bares de la *intelligenzia* por mi fragilidad –vehemente– ante las *razzias*, y perdiendo así todo contacto con la alicaída élite local –siendo todo, hasta mi humilde poemario austrohúngaro, pasando por mis riesgosas remisiones de informes sobre los pogroms antigays al Brasil y otros sitios del mundo, motivos de nuevos, renovados pavores. Que se reactualizan en ocasión de mi retorno, pues las cartas de mis amigos no me llegaron, y tampoco llegaron mis cartas a mi familia –señal de que algo raro ocurre. Empero, debo arriesgarme, pues tengo que realizar trámites para legalizar mi diploma en Buenos Aires y obtener –vaya audacia– nada menos que el certificado de buena conducta de los esbirros locales, rescatar mis últimos

peniques— que una desvalorización del peso frente al dólar del 300 por ciento en tres meses tornó ridículas rupias— y alquilar mi departamento. Aquí estuve haciendo unas traducciones por una cifra irrisoria, que mi buen tiempo me han llevado, y enfrente problemas de diversas índoles —propio del fugitivo sobre quien pesa la amenaza de una ominosa ley de extranjeros—: habitacionales (tengo dónde vivir en Bahía, pero las posibilidades de trabajar y estudiar —postgrado, forma de conseguir el visto de estudiante— están en São Paulo, ciudad donde no he tenido tiempo ni de dar un solo, efímero yirito y en la que sobrevivo en la precariedad absoluta, recogido por una lésbicofeminista que debe, ahora, dejar su casa, y tampoco sabe dónde va a ir a parar, lo que hace que no pueda darte una dirección definitiva en Brasil); laborales —acá sin documentos brasileros es muy difícil procurar conchabo—; y otras —como el temor de caer en manos de una despachante (mujer que hace por la izquierda los trámites de residencia y cobra por derecha, exageradas sumas): pesadilla. Pero mi decisión de quedarme aquí ya está tomada: volveré por un mes o un mes y medio a Baires donde debo no sólo emprender esas peregrinaciones ante las reparticiones del Estado, sino también hacer una traducción y preparar un proyecto de investigación para ver si consigo entrar en una universidad de aquí —12 vacantes para 50 candidatos— que podría valerme una beca y salvar así mi alicaído espíritu. Mis intentos de colaborar en la revista de Grinberg¹ han sido vanos (te paga?): creo que no me soporta. Cómo has hecho, confiésame, para engancharte? Dejaré para otra epístola el sinfín de temas que se arraciman como abejas en los panales del chisme, no sin antes estamparte, ojivaldo,

un sonoro beso de

Néstor

y otro –carnal–para la Concha. Puedes escribirme a
Bs. As. hasta el 30/10

1 Mutantia, revista creada por Miguel Grimberg en 1980, tuvo a
Alejandro Piscitelli, Leonardo Sacco, Fabricio Simonelli, Martín
Alvarenga, José Luis D'Amato, entre otros colaboradores.

S. Paulo, 24 de junio de 1982

Queridillos:

Un rapto de alucinación que me viene de pronto me hace acordar que les debo una carta. El desplazamiento de la flota del zar, hendiendo las radas de Vladivostock –espectáculo habitualmente límpido– rumbo a la tempanosa glacialidad de esos islotes –Aleutianas árticas?– ha interrumpido la rutina de su fascinación, para pasarme la pelota. Los he visto retozar en esos charquitos: he emitido una proclama –Todo el poder a Lady Di! – editada en un diario de Bahía, Brasil, y a ser reproducida –esas mujeres– por las feministas porteñas¹, que se deslizan (una de ellas) hacia el anarquismo: estamos íntimas de ese sueño acrático. Utopía que me lleva a condenar cualquier defensa de esa masacre en nombre de la territorialidad de los estados. He dicho, y mañana lo volveré a decir en un debate de los grupos gays, sobre política y deseo, donde hablaré de “El deseo de unas Islas”², aludiendo al paralelo “Viva la homosexualidad” (de los gays) versus “Viva la patria” (de los patriotas). Acaso no hay gays patriotas? Sí, se dirá, y por ahí pasa el encanto.

Devaneos que dan una idea de los de mi delirio. Atosigado de brasilerismos: luché en la universidad contra la burocracia del saber, y soy derrotado.

Enseño en vano las escansiones del español. Y me abandono en general a la inercia del deshacer, en este cuarto pícaramente sito en pleno centro.

El caos de las tres monarquías militares en que ha devenido nuestro terruño puede hacer florecer –chotamente– vagas fantasías (strass) de retorno (no me digas que no sabés lo que es el strass que no te creo, concha) que no niego me han asaltado, pero contra las que advierto. Ya que la panacea del sacrificio (los soldados han vuelto con los pies amputados, por el congelamiento; diría Lamborghini: con los pies entre los dientes) no amenguó la intensidad de los tratamientos contundentes: en Baires el raro era más identificable que de costumbre, y la cana caía sin asco en la casa de los cirqueros disidentes. Sarita, que no había caído jamás en su vida, con su look pqb³, cayó, y tiene un proceso (!) por conducir en estado de ebriedad: buscaban algodones, no hallaron, dieron 3 minutos para rajarse, S. se subió al coche, y zas! (a otros los siguieron ciudad través). Y otras pálidas alucinantes –a nivel gay– por el estilo.

No sé si R. los habrá impresionado con sus clichés fascistas. Por acá circularon unas fotos de soldados saludando a la enseña que él anduvo mandando. Su claudicación no es sólo paranoia: es también preocupación por sostener al Estado que se derrumba.

Queridos: la excepcionalidad de la vegetación local me tumba.

besos brujos

la otra

(Al dorso de la página, manuscrito, se lee: “Hablando en plata, es el momento de ir a la Argentina. El dólar (mercado negro) está a \$25.000 o +. Pueden comprar todo x monedas”)

- 1 “Todo el poder a Lady Di” es el primero de los ensayos sarcásticos de Perlongher sobre la ocupación y subsiguiente guerra de las islas Malvinas, que desde el 2 de abril hasta el 14 de junio de 1982 le ocasionó a Argentina entre 649 y 746 muertos (según distintas fuentes) y más de mil heridos, sin contar daños morales y materiales. Aquí alude a la publicación de ese artículo en la revista feminista *Persona* no. 12, fundada por María Elena Oddone, bajo el seudónimo de Victor Bosch.
- 2 “El deseo de unas islas” fue leído el 25 de febrero de 1982 en el Sindicato de Jornalistas de São Paulo, en un encuentro sobre “Política y deseo”. En 1985 sería publicado en la revista anarquista *Utopía* no. 3, fundada por Christian Ferrer.
- 3 Pequeño burgués. Pronúnciese “pequebú”.

9 de feb., 1984 –año int. de la rata (orwelliana)

Querido, qué alejado, pampa y tundra: itsmitos. Acabo de regresar de la Argentina, tras dos estirados meses, que empezaron (7/12) participando de la reunión de formación del grupo: Comisión Pro Defensa de las Libertades cotidianas (que clama la derogación de los edictos policiales y de la averiguación de antecedentes)¹, el 8/12 me quedé afónico gritando en una estirada marcha de las Madres de Plaza de Mayo, rumbeé primero tras temblequeantes feministas y luego copóme (no cogióme) el ondular, el tremoleo de las enseñas anarquistas como en Odessa, en 1919: decían las mismas cosas abstractas: Donde hay Estado hay Represión!². El 10/12 me plegué al alfonsinismo con el disimulo de una columna gay, cuyo celoso recato rompí zarabandeándome a la brasilera entre los tamboriles de los muchachos radicales, donde el recién electo³ dijo desde el cabildo una pavada escolar. Es como una directora de colegio técnico. Después, la euforia se fue enfriando: a fin de enero un cana de tránsito me pidió documentos en el mejor estilo procesista, pero no me llevó. La prepotencia policial empero ha disminuido drásticamente, no así el control. Reprimieron ferozmente una manifestación con un cartel de “Marihuana Liberada” que se transformó en antipolicial. Echaron a los mochileros de Gesell después de desmanes patoteriles (contra minas y maricas) en Mar del Plata.

Al mismo tiempo la revolución es retórica (ya que no, cual el peronismo, semántica). Alfonsín proclama, a lo

Lefort⁴, el derecho a la diferencia, al tiempo que reconoce que los grupos de tareas (eufemismo por paramilitares torturadores, etc.: a las embarazadas les metían una cucharita en el útero para picanear el feto) se pueden reorganizar con sólo chasquear los dedos. Todo indica que el aparato policíaco-militar está intacto. Alfonsín, en vez de lanzar el Nuremberg, opta por una sinuosidad perversa. Los gangsters serán juzgados por tribunales militares!; las denuncias recibidas en el Ministerio de Defensa... En lo cultural, piedra libre, total libertad de expresión, pero no se dice todo lo que se debiera, porque aún hay pozos de miedo y paranoia (pozos azules, les digo). Entonces la autocensura y la microcensura prosiguen. Un ejemplo marginal: la misma Sarita, en cuya generosidad me he acogido, impidió la salida de un reportaje que, bajo el nombre de Rosa L. de Grossman, le hice para Alfonsina, una revista feminista nueva⁵, por temor a que le hincharan en el laburo. En lo económico los nativos parecen haberse acostumbrado a una loca carrera que los lleva de un conchabo al otro, y en esa batalla del sobrevivir consumen energías que les exaltan (y les faltan para otras cosas). El clima es de una euforia moderada. La Frase: "La libertad y no el libertinaje".

La cosa gay sigue pesada, hay boliches a rolete pero te chiflan por la calle. Cosas para hacer, muchas. Hay una revista, El Porteño, que vale la pena, se puede colaborar⁶. También en Alfonsina. Se ha provincianizado mucho Buenos Aires. Parecía que al levantar la tapa de la olla iba a saltar la lujuria, y no: saltan los cadáveres que aparecen verso a verso. Un gran beso (he optado por volver) de Néstor

Sigo un poquito. Hice mil cosas. Conflictuado con los incipientes (pero burocratizados) grupos gays locales, di una

conferencia sobre El sexo de las Locas⁷. Mi literatura está circulando mucho: mi poema largo Cadáveres⁸ saldrá en Colombia y Baires. Acá en São Paulo he conseguido una beca un tanto mayor (unos U\$S 200), y me quedaría acabar mi postgrado. Chicos, darse una vuelteca vale la pena, pero quedarse...

Gracias por tu lectura de Evita⁹.
En lo sexual no hay destape!

1 El fin de la dictadura militar iniciada en 1976 posibilitó la emergencia de grupos gays, feministas y antiautoritarios que realizaron una campaña de firmas contra los edictos policiales bajo la rúbrica de Comisión pro-Libertades Cotidianas.

2 La ciudad-puerto de Odessa, donde se sublevó la tripulación del célebre acorazado Potemkin en apoyo al levantamiento antizarista de 1905, hacia 1919 se había convertido en un bastión de resistencia al avance del Ejército Rojo que combatía en Ucrania contra la guerrilla rural dirigida por Néstor Makno. Finalmente el Ejército Rojo logró ocupar la ciudad, terminó con el gobierno de los consejos autónomos de obreros, campesinos y soldados de orientación anarquista y socialista e impuso el control del partido único bolchevique.

3 Raúl Alfonsín.

4 Se trata probablemente de Claude Lefort, pensador francés que cofundó junto a Cornelius Castoriadis el grupo y la revista Socialismo o Barbarie en 1948, conocidos por su ruptura con la caracterización trotskista de la Unión Soviética como "estado obrero degenerado" y su mirada sobre ese estado como una variante del totalitarismo moderno. En 1958, Lefort abandonó a Castoriadis y a la idea de revolución para iniciar un proceso de

acercamiento a posturas consideradas “socialdemócratas” o “liberales de izquierda”. Alejándose de la crítica a la democracia formal (“burguesa”), reivindicó el pleno reconocimiento democrático del conflicto social y de la heterogeneidad de las costumbres y los comportamientos.

5 Alfonsina fue fundada por María Moreno en 1983.

6 El Porteño fue fundado por Gabriel Levinas en 1982.

7 La conferencia tuvo lugar en el Centro de Estudios y Asistencia Sexual (CEAS) y se publicó bajo el título “El sexo de las locas” en El Porteño no. 28, mayo de 1984.

8 Escrito durante un viaje en ómnibus entre Buenos Aires y São Paulo en 1982, “Cadáveres” fue publicado en la revista colombiana Eco no. 44, febrero de 1984, y en la argentina Revista de Poesía no.1, abril de 1984.

9 “Evita vive (en cada hotel organizado)”, triple relato considerado blasfemo hacia la figura de Eva Duarte de Perón, fue publicado en inglés antes que en castellano como “Evita Lives” en la antología *My Deep Dark Pain is Love* (literalmente: “De amor es mi pena negra”), selección de Winston Leyland, Gay Sunshine Press, San Francisco, 1983. Luego apareció en la revista sueca Salto mortal no. 8-9, mayo de 1985, y en las argentinas Cerdos y Peces no.11, abril de 1987, y El Porteño no.88, abril de 1989. Esta última edición, por su circulación masiva, provocó amenazas telefónicas de bombas a la redacción, indignadas cartas de lectores, un pedido de secuestro de la revista (que finalmente no prosperó), polémicas en los medios y un debate en el Concejo Deliberante de la ciudad de Buenos Aires; durante este debate, el 4 de mayo de 1989, el texto fue leído parcialmente a los ediles pero se sugirió que las “palabrotas” y los fragmentos “obscenos” fueran suprimidos de la versión taquigráfica de la reunión del Concejo.

Sampa, 7 de mayo de 1984

Querido Oswald: ni pinos ni carroñas de osos ni trineos de esquimales ni mujeres grasosas ofreciéndose al huésped gordo, ni papisas superponiéndose las mañanitas, apenas el pez plateado que pende en la pared del cuarto recluso: “sos de los peores, de los que se encierran solos” (Lamborghini). Es un mambo que viene de lejos y al que los polvos fumigatorios favorecen. La languidez, el sopor, el spleen, el strass.

Así que no he hecho grandes cosas desde que llegué de la Argentina: más bien, he dejado de hacerlas. Por ejemplo, mi proyecto de librito lezamesco¹ quedó en el veremos —qué difícil!—, y ahora ándole dando vueltas a una tesis sobre michés², pero tengo una fiaca derrumbante que me impide afrontar la pesada marea de la sordidez; con la crisis económica, más el “avivamiento” de los explotados, la guerra social se ha agudizado tanto en el Brasil, que es desfilarse por un océano de mendigos insistentes, fantaseando manos y uñas ávidas abalanzándose sobre la bijouterie. Por eso miro el pez plateado, sola mirando el pez de plata. La plata es un problema horroroso. Hay una onda de paranoia por asaltos y contra asaltos (acciones de los gangs policiales: fragmentación de las alianzas con los “marginales”) que se corresponde, en las calles airoas, con una separación cada vez más acentuada de los “grupos de clase”. Concluyendo: en el área pobre me siento rata de otro pozo, y a las gays de clase media no las soporto, ni ellas a mí. O sea: es un alivio respecto de la

represión policial (canil) en Baires, pero hay otros campos de pálida. No te agobio con la confesión (género tan desprestigiado tras Foucault). En guita he mejorado un poco, conseguí comenzar a cobrar mi beca (me financian una tesis de Master sobre miché) e hice un par de traducciones que me aliviaron. Toda yo estaba un poco parada, ni escribía. De vez en cuando voy a Rio y me reanimo un poco.

Desestimulantes noticias de Argentina. Bien reflejadas en El Porteño, cuya dirección es: Cochabamba 726, Buenos Aires. Tel. 26-0634. Hay un tipo muy interesante, que dirige lo que era un suplemento y ahora se independizó como revista, llamada Cerdos y Peces, dirigida a los minoritarios (gays, feministas, presos, etc.)³. Pero es un poco chanta, no te contesta, te planta. A mí me prometió nombrarme “corresponsal en Brasil”, mas siquiera me manda la revista. El mismo proceder siguen las feministas de Alfonsina; como no me mandan noticias (ni ejemplares) acabo no escribiendo...

Me correspondo con Marcelito⁴, que me da cuenta de los avatares de los incipientes (y siempre precoces) grupos gays. La tía Margarita⁵ continúa entrando a las boites como por su casa y llevándose de 50 a 70 mariquillas por vez, un escarnio. La selección no parece seguir otra regla que la cifra. No hay destape, ni nada parecido. Es una democracia superficial. Acá salieron unas denuncias de Pérez Esquivel⁶, diciendo que oficiales argentinos participaban –a espaldas del gobierno– en la guerra contra Nicaragua. Un horror, verdad? Malvinas = Jamaica? la Xamaica de Güiraldes?

Acá en Brasil una gigantesca, impresionante movilización (un millón de personas en São Paulo) por las elecciones directas para presidente, que acabaron en sórdidas negociaciones entre mafiosos políticos burgueses.

Es así: hay unos gobernadores de la oposición cuyos mandatos caducan en el 86. Entonces, perder dos años de mandato para candidatearse en elecciones directas, es un riesgo. Los milicos, por su parte, tienen unos negociados increíbles, mugrientos, y no quieren que se les destape o corte la oscura fuente de prebendas. También se discute si el Servicio Nacional de Informaciones (SNI) = SIDE, no va a ser desplazado por los doctores en Ciencias Sociales –uno de ellos, Fernando Enrique Cardoso, sociólogo– se postula como eventual presidente por la oposición, una suerte de Alfonsina paulista⁷. La clase ilustrada se aproxima a la manija: op. cit., ibidem.

Esta carta “virou” alegato. Te dejo con la intriga. Un beso

Néstor

Y un beso a la Concha

1 Parque Lezama sería publicado por la editorial Sudamericana, Buenos Aires, en 1990.

2 Michê: taxi-boy o chongo, en Brasil. La tesis mencionada sería la de Maestría en Antropología Social en la Universidad de Campinas: “O negocio do michê. Prostituição viril em São Paulo” (1986). Con pocas modificaciones, se publicó en castellano como El negocio del deseo. Prostitución masculina en San Pablo, 1999, Paidós, Buenos Aires.

3 Enrique Symns.

4 Marcelo, un amigo de Sara Torres y de Perlongher que había vivido un tiempo en São Paulo.

5 La policía, en argot gay de los años 70.

6 Adolfo Pérez Esquivel, Premio Nobel de la Paz en 1980.

6 Fernando Enrique Cardoso, dirigente histórico del Partido de la Social Democracia Brasileira, estuvo desterrado durante la dictadura militar. A su regreso hizo campaña por la reinstauración de la democracia. Llegaría a ser presidente entre 1995 y 2003.

S. Paulo, 19 de septiembre de 1984

Añejo y adorado osw: cuán abandonadas nos tenemos!

Tu carta, retrotraída entre papeleches y pizpueretas de cartulina, que sofocan el Anschluss, me retrotrae. Suspendí mis comunicaciones los últimos 2 meses porque tuve que entregar mi monstruoso relatórico (informe) semestral de 100 páginas en académico que sustenta mi frugal manducar. La cosa \$\$\$ se me ha puesto de nuevo brava, después de un engañoso desahogo que me llevó a jantares y bibliofilias desestructurantes. Pienso en vender mi depto en Baires, que está alquilado por una mishiadura (U\$S 40!), por el que me darían unos 10 mil dólares, con los que aquí podría comprarme otro tal vez un poco más grande. Mi problema es que no tengo ningún ingreso alternativo (vivo porque la heroica Teka¹ no me cobra alquiler) y mi residencia es como estudiante, anualmente renovable. Qué hacer? (Lenin) Aconséjame desde tus oseosos huertos.

En lo demás estoy muy hecha al trópico y creo que este verano siquiera iré a glaciarme en los sures, porque mi próximo relatorio es en febrero (uf). Quizá viaje en marzo. Espero que pases por S. Paulo, que sigue poluindo grismente y reventando humanos bronquios. Sí recibí tu revista, gracias; infelizmente mi inglés es pésimo, sólo pude adivinar algunos destellos, lo intentaré de nuevo. Irá una copia de Cadáveres. La Fátima, dicen, está de lo peor, ese CHA² es de lo último, son sión vs. ción (se pronuncian contra la drogadicción, la prostitución, la corrupción y la

recreación), a las de voz atiplada les censuran el parloteo y son directamente policiales (expulsan a los que a pachuli hieden, las nimberas). Hay una contra reunida en torno a la revista *Cerdos y Peces*, que la cerraron por sobrecarga de procesos penales, cuyo ex director, Enrique Symns (un tipo bárbaro, tenés que conocerlo) aún soporta. Como ves, el Dock sigue lleno de aguas turbias. Me enteré que la F. y otras de sus compinches se rayaron por un artículo (pseudoporno) que escribí sobre Brasil y pidieron mi censura ante *El Porteño* (sic)³. Cuando fui a Baires intenté ver a Grinberg mas fracasé, vos seguís en contacto? No conozco a ese Avelino. Un beso a ti y a la Concha de

rose

Si te copás comparando la traducción de Lacey⁴ de *Evita Vive* con el original, sería bárbaro. Yo detecté un error de sentido (al final del cuento I); en el original dice: "... y ella le mordía las tetillas y gozaba, así de esa manera era como más gozaba" —o sea que ella era la que gozaba mordiéndole las tetillas al negro. Pero Lacey hace gozar al negro en su versión pronominalada⁵.

El equívoco es divertido, pero le resta un poco de vericuetos al meandro.

Como verás a partir de lo de Miami ya soy una loca pública (o semipública, porque ese diario sólo lo leen en el espacio)⁶. Pero si se te ocurre usarme como testimonio del abuso, podés. En ese sentido, sería interesante (políticamente) continuar diciendo: Se va a acabar la dictadura militar!, señalando que la dictadura no se acabó. Alfonsín no parece dispuesto a dismantelar la máquina policiaco-militar. Ahora remitirá los crímenes de los gángsteres a la justicia común (escena de western: y Alfonsín

no es el cowboy milagroso que acaba con los malos, es más bien la heroína que pide auxilio al juez). Entonces, hay que seguir insistiendo con las denuncias, no hay que dejar olvidar la masacre, para molestar, fastidiar, al ejército que se reconstituye. Me entusiasmé. Seguimos otra vez, un beso

Rosa (otro beso a la concha)

1 Teka o Teca Aaráo, militante feminista en cuyo departamento paulista Perlongher vivió varios años.

2 Comunidad Homosexual Argentina (CHA)

3 Las peleas de Perlongher con activistas de la CHA fueron frecuentes a mediados de los años 80. El artículo en cuestión es probablemente “El mundo gay en Brasil: visión del paraíso” que terminaría publicado en *Cerdos y Peces* No. 4, julio de 1984. En el texto, Perlongher cruza de la crónica a la confesión: “Los travestis son de lo más atrevidos: estaba palpando la bragueta de un garoto (muchacho) cuando uno que estaba a nuestro lado se puso a gritar: ‘¡Un milho, un milho!’ (Un choclo, un choclo)”... “Yo me he enamorado de algunos jóvenes negros y he hecho el amor con muchos. El fantasma del racismo acosa a estas relaciones y produce, a veces, situaciones delicadas. Un joven negro con quien transé, me zarandé violentamente —yo había gastado todo mi dinero y no quería volver a casa con él— espetándome: ‘¿Você acha que só porque eu sou preto soy só uma piroca?’ (Crees que porque soy negro soy sólo un pene)”.

4 E. A. Lacey, traductor de “Evita Vive” al inglés para la antología referida en la carta del 7 de mayo de 1984.

5 Alude a la frase “she nibbled his tits and he came, that was the way he enjoyed coming most” (en Leyland. W. op cit). O sea que

además de hacer gozar al negro, el traductor lo hace acabar, correrse, tener un orgasmo.

6 Refiere a una entrevista realizada en Brasil y publicada por un diario en español de Miami, donde –entre denuncias sobre la situación de los derechos humanos en Argentina- Perlongher se autoproclamaba un “exiliado sexual”.

S. Paulo, 17 de diciembre de 1985

Saudoso Osw.:

No sé cómo se cortó aguachentamente nuestro añoso flujo palabrero. Superocupaciones del falso frenesí de la correría urbana. Reanudémoslo:

Lo ví a Eduardo B. instalado nuevamente en su reino colorido de Bahía (viviendo en el fondo de la periferia, debajo de un médano, aunque cerca de bellas playas cocoteriles), se le puede escribir a la iglesia donde da clases de dibujo (está mucho mejor de ánimo y trabaja, no se escribe con Néstor L.; supimos de la muerte de Juan Carlos, por AIDS)¹.

Está realmente muy lejos del centro, y a la noche sólo se puede llegar en onerosos taxis. Estuve en Bahía (que próxima al verano rutila en el ondulo embriagante) financiado por un Congreso de médicos para despotricar contra la siniestra SIDA.

Salieron algunos artículos denunciando el patrullamiento médico. También estuve en una playa surrealista (con un puente en ruinas) del litoral carioca participando de un encuentro sobre Sexualidad. En la academia se viaja. Pero más se fija en el sentado que desgrana la fantochada de un saber oral: mi curso en la universidad sobre Deseo y Sociedad salió bastante bien. Te lo resumo: partí del Origen de la Familia de Engels, para ver el programa sexual del marxismo; pasé por el feminismo (Shulamite Firestone) y por Capitalismo y Vida Personal de

Zaretsky, para desembocar en la visión freudiana de lo social: Psicología de las Masas. La idea era ver el origen de la preocupación política por el deseo sexual. Después la útil Psicología de Masas del Fascismo de Reich.

Ahí la clase se animó (al inicio Fue horrible!, no sabía para dónde ir, sufrí y leí). Seguí con un bello libro de Deleuze y Parnet, Diálogos (en español, editado por Pretextos de Valencia, si lo ves en alguna librería por favor comprámelo a cualquier precio, tengo una borrosa fotocopia), con la que los estudiantes se engancharon, y terminé desfallecientemente con Historia de la Sexualidad de Foucault. (Y no llegué a dar la última parte del programa, sobre homosexualidad). Te lo cuento porque son libros en común, quizás se te ocurra armar un curso sobre teoría sexual (o política sexual?) que tendría, creo, muchos interesados (y los porteños, no se desviven por los cursillos?). Aquí el mambo no es así grupuscular, sino que la pulposa universidad absorbe todo el saber y lo controla financieramente, con el poder de las becas y los cargos. Osw. querido, no hago más que leer y escribir (la ciudad está achatada por el triunfo electoral de un intendente fascista, Janio Quadros², bien de derecha populista, que prometió barrer el centro de “bichas e veados”³; y por el fantasma del AIDS, ahora aquietado; casi no merodeo, desde que me mudé lejos del centro, bárbaro para vivir —es un depto grande y luminoso— pero incómodo para desplazarse por la city). La intelectualidad es un pesado trabajo que te vacía las neuronas (y acabás leyendo mil pavadas, impuestas por la avalancha de erudición encubridora que nos aprieta y obliga a una chapucera competencia), al punto que casi no escribo poesía, avasallados mis vericuetos por la obligación a escribir una

dilatada tesis sobre mis ya hartantes prostitutas. Vivo esa despoetización con enorme culpa, algunas cosas escribo pero ariscas y herméticas, poco fluye entre adoquines marmóreos, y creo que si saliese ALAMBRES⁴, el vetusto, me daría gran manija, que –desfalleciente y arrollada en una machacona dejadez– preciso.

Te cuento todo: me ofrecieron editar el libro en Montevideo, por U\$S 300. El precio es, en su desmesura, razonable. Por otra parte, un delicioso poeta cubano, José Kozer, que vive en N. York, ha mandado mis originales a una editorial española (perspectiva remota y a largo plazo). No sé si aún estarás en contacto con la gente de Último Reino, el mismo Kozer me recomienda publicar ahí. Así que si hubiese alguna posibilidad de acercar el presupuesto original (unos U\$S 7000.-) a los 300 dólares que estoy dispuesto –con la pena y la vergüenza de tener que pagarme– a desembolsar, editaría por UR. Confieso que ahorré algunos morlacos este año, reteniendo indebidamente mi beca, que exige no trabajar, con mi magro sueldo de “profesor sustituto” (creo que me quedaré un año más, pero tengo necesariamente que terminar mi trabajosa tesis para que no me rajen del todo, bien en el borde estoy). Oswie, me estoy quedando y quedando en el Brasil. La Argentina me tira con fuerza, pero mis avatares me enganchan –pensaba ir en diciembre pero pintó un Congreso–. Escribí, que no quiero perder el vínculo. Néstor

PD: Cómo anda El Porteño? Qué pasó con Cerdos y Peces? Un chico llamado Mauricio Kurebart, ligado a Enrique Symns, llevó un texto mío (AIDS en Brasil = El orden de la muerte en el desorden de los cuerpos), que, habría que producir o resumir (es largo)–. Quisiera mandar

algo a El Porteño, pero no tengo tiempo –quizás escriba algo sobre El Lumpen. Un gran beso a la inolvidable Concha (trabajó con mi amiga Silvia Lobov? hacéme quedar bien –Kiss cheese–) Rosa⁵

- 1 En este párrafo habla de Eduardo Brites, un amigo emigrado a San Salvador de Bahía, Brasil, y de Néstor Latrónico, poeta emigrado a Nueva York en 1968 con un grupo que incluía a Juan Carlos Vidal, artista visual que vivió en esa ciudad hasta morir en 1985.
- 2 Janio da Silva Quadros fue presidente de Brasil en 1961 e intendente de São Paulo entre 1985 y 1988, luego de ganarle las elecciones a Fernando Enrique Cardoso.
- 3 Modos brasileños de llamar a gays, homosexuales, maricas, en asociación con figuras del reino animal.
- 4 El segundo libro de poemas de Perlongher, Alambres, sería publicado por Último Reino, Buenos Aires, en 1987.
- 5 Párrafo manuscrito al margen, con referencias a algunas personas ya mencionadas y otras que no logramos ubicar.

S. Paulo 1 de marzo de 1986

Querido Osvaldo: es este un momento de alto nerviosismo, en el pico del desvelo. Después de nuestro frustrado encuentro en Florianópolis (seré sucinto: todo estaba programado, pero salió esa posibilidad de viaje a Piauí –que al final no se concretó– y el chico que iría conmigo se rayó y yo también, y hubo que cancelar, por crisis sentimental, el periplo), juro que moría de ganas de charlar, después de ello me enterré en la redacción de la lóbrega tesis sobre prostitutos, con bastante fortuna, pues está casi lista. Ahora me escribe Víctor Redondo de Ultimo Reino y se ofrece a costear la mitad de la edición de Alambres, correspondiéndome pagar los restantes U\$S 300. Es lo mismo que me pedían para una aventurera edición en el Uruguay, de modo que me inclino a aceptar y te pido que le pases a Redondo los originales de Alambres (si fueras tan amable de mandarme una fotocopia del índice, hice varias reestructuraciones y no sé cuál es la que vos tenés). Pero ha surgido cierto problema: hete aquí que mis colegas poetas de transvanguardia, el cubano José Kozer y el uruguayo Roberto Echavarren, presentaron, con el aval de Sarduy, mi libro a una importante editora de poesía de Barcelona, llamada Edicions del Mall, dirigida por Julián Ríos, el autor de Larva, una monstruosa biblia contemporánea. De modo que eso me daría el mayor prestigio internacional (aunque tal vez poco repercutiría en la insular Argentina), pero no hay ninguna seguridad: apenas en julio Kozer viajará para

intentar mover la cosa. Qué hago? Espero hasta julio o le doy ya la impresión a Ultimo Reino?

Osw., sintéticamente, no sé que hacer. Y me inclino más por la alternativa de publicar ya en la Argentina, teniendo en cuenta que Redondo está medio copado y lo distribuirá y tendrá repercusión inmediata en el lugar que lo parió. En cambio, la edición catalana puede quedar restringida a la marmoreidad áulica. Por favor, haceme la gauchada, escribime ya diciendo qué pensás. Por el momento, le escribiré a Redondo pidiendo más detalles. Un gran beso a vos y a la Concha de

Néstor.

Oswaldo: le mandé ya una carta a Redondo diciéndole que en principio acepto su oferta. Dame igual tu opinión
—un beso—¹

Néstor

1 Párrafo manuscrito al final de la carta, como posdata agregada poco antes del envío por correo.

Apéndices

Informe sobre Córdoba¹

Córdoba era una hermosa ciudad del interior de la República Argentina, famosa por la dulzura de sus mancebos, quienes, pese a la honda tradición católica local, sabían zafarse de las ataduras de la culpa y entregarse generosamente a la delicia de la transa gay, en esas paradojas típicamente hispanoamericanas. Ciudad caliente también en el combate, marcó, al lanzarse a la insurrección popular de 1969 –conocida como “Cordobazo”– el inicio de una serie de luchas confusamente “revolucionarias”, que epilogan con el acceso de los militares al poder en 1976. La hiperpolitizada Córdoba fue dura y sangrientamente represaliada –ya en 1974, bajo el gobierno de Perón, un gobernador izquierdista había sido derrocado por el jefe de policía!

Después del golpe militar, toda la población se convirtió en sospechosa. Las detenciones –y hasta las internaciones en campos de concentración– en medio de gigantescas cazas de presuntos guerrilleros, pasaron a ser cosas de todos los días. Los gays, con sus costumbres de

largas caminatas a horas intempestivas, fueron frecuentemente interrumpidos en sus deambulares por el desagradable repiqueteo de las botas militares. Los bares y boliches “de ambiente” fueron clausurados; el más popular de ellos, El Ángel Azul, ubicado en pleno centro, es ahora un cine de arte. Se incrementaron los arrestos arbitrarios “por averiguación de antecedentes” –siniestro mecanismo en virtud del cual cualquier ciudadano puede ser detenido sin causa alguna, bajo la excusa de “comprobar identidad”.

Con todo, los homosexuales nativos siguieron circulando por las calles, con una frescura sorprendente en comparación con la férrea persecución antigay vigente en Buenos Aires.

Pero si ya Córdoba era menos hermosa de lo que hubo sido, dejó definitivamente de serlo a partir de la sanción del Nuevo Código de Faltas de la provincia, que entró en vigencia el 1º de junio último. Inspirado en los edictos policiales que rigen en Buenos Aires desde 1946, el nuevo instrumento legal se dirige explícitamente contra los homosexuales.

Así, en el artículo 22, que pena la prostitución con 30 días de detención, extiende los alcances del concepto hasta abarcar a quienes “...se encontraren o permanecieren en la vía pública en circunstancias que exterioricen un atentado contra la decencia pública”; y aclara explícitamente que dicha pena “...se aplicará también al homosexual o vicioso sexual”. Nótese los eufemismos del lenguaje jurídico para aludir al yiro.

Comparado con esto, la contravención vigente en Buenos Aires – el 2º H– resulta más tolerante, ya que obliga a la policía a “demostrar” que el homosexual acusado estaba prostituyéndose. Este requisito se cumple apelando a

testigos falsos, cuya forma de reclutamiento resulta por demás reveladora del “look” argentino: cuando el homosexual detenido se resiste –pese a los calabozos y las palizas– a firmar la autoconfesión, la policía obliga a cualquier transeúnte a testificar en contra del gay; a veces se elige a algún otro detenido para esta sucia tarea, con la promesa de dejarlo en libertad.

Como si esto fuera poco, la policía cordobesa dispone de otro flamante dispositivo: el artículo 23 del mismo Código, que castiga con prisión de hasta 90 días (!) a “los homosexuales o viciosos sexuales que frecuentaren a menores de 18 años” (sic). Por “frecuentar” debe entenderse, por ejemplo, tomar un café con leche a la salida del kindergarten, puesto que acostarse con un menor de 21 años configura el delito de “corrupción” y es castigado con entre 3 y 8 años de cárcel.

Los sobrevivientes deberán cuidarse, además de lucir “...vestimentas contrarias a la decencia pública, con arreglo al lugar” (sabia aclaración destinada a impedir que nadir vaya de lamé al mercado), bajo pena de 10 días de encierro; de las palabras o ademanes “obscenos” (20 días); de las leyendas o dibujos “contrarios a la decencia pública”, etc. Llega a prohibirse que los menores de edad concurren a bailes de carnaval.

Todas estas sanciones son dictadas por el Jefe de Policía, sin dar intervención a la justicia civil, a la cual sólo puede llegarse mediante la apelación –instancia que, en las condiciones de brutalidad de las comisarías argentinas, se torna una utopía peligrosa.

Quienes intentan apelar son encerrados hasta que cambien de idea. Aún obtenida la apelación, no hay ninguna garantía de que el juez falle a favor del detenido.

Los nuevos reglamentos no condenan sólo a los gays, sino también a las prostitutas, los borrachos, los vagos, etc.: toda esa masa callejera que tanto afea las ciudades. También se cerraron los hoteles alojamientos heterosexuales, y todo lugar de diversión nocturna sufre una severa vigilancia.

En términos generales, pareciera que el modo de represión sexual instaurado en Buenos Aires —destinado a la extirpación lisa y llana de todo lo que no sea la moral hogareña y familiar— se va extendiendo al resto del país. En la ciudad de Rosario se han reanudado con ímpetu las razzias masivas típicas de la época de la lucha antiguerrillera; sólo que, en vez de buscarse subversivos —ya no los hay— tales operativos se dirigen contra homosexuales, prostitutas, vagos, hippies y gente rara en general. Alentada por una liga de la Decencia local, la administración militar ha sancionado diversos edictos moralizantes, que llegan a prohibir que los hombres se exhiban sin camisa en la vía pública, aun en los rigores del verano. Este tipo de medidas no sólo debe leerse como un estallido más de la orgía reglamentarista propias del régimen —cuyos jefes parecieran festejar cada día de gobierno con una nueva prohibición. Pese a haber sido acallada, por la vía de métodos feroces, toda resistencia política y sindical, el aparato policial no da señal alguna de debilitamiento; por el contrario, se extiende cada vez más. En Buenos Aires la presencia policial es tan ominosa que resulta verdaderamente incómodo caminar por la calle. Últimamente proliferan “policías de tránsito”, con mangas blancas, que más que preocuparse por el movimiento automovilístico, interrogan —y con frecuencia detienen a cualquier transeúnte “sospechoso”. La estrategia del gobierno parece dirigida a montar un aparato de control y vigilancia tan estricto, que ningún atisbo de heterodoxia —aun en lo personal— pueda pasar desapercibido.

Este proceso de “represión cotidiana” (lo llamamos así para diferenciarla de la represión política, cuya dureza ha levantado universales de repulsa) se complementa con una propaganda omnipresente, que ha conseguido enganchar a buena parte de la población en los delirios futbolísticos-patrióticos del Mundial de Fútbol de 1978 —en cuyo curso grupos de estudiantes secundarios llegaron a vivir a Videla—. La dictadura continúa a su manera con las tiradas nacionalistas del populismo, logrando arrastrar a adocenadas familias no sólo a los estadios, sino también a los desfiles militares.

En este contexto, el reforzamiento del andamiaje antisexual no constituye un episodio aislado: forma parte de un plan de largo plazo, que busca congelar al país no sólo aislándolo de la “subversión internacional”, sino también inmunizándolo contra toda modificación en el terreno de las costumbres. El régimen mira con horror los fenómenos de liberalización sexual que se están dando en Occidente y esgrime machaconamente las banderas de la “moral cristiana”.

La censura cercena todo material que pueda “subvertir los valores tradicionales”. Periódicamente se dan a conocer listas de textos cuya circulación está prohibida. En los medios de comunicación se vela toda alusión a “temas tabú”. Recientemente un librero fue multado por exhibir en la vidriera un texto psicoanalítico llamado “La Sexualidad Femenina”.

Detrás de tanto puritanismo, no podía faltar la mano siniestra de la Iglesia Católica, que detenta el monopolio absoluto de las creencias en el país. Todos los gobiernos han buscado congraciarse con ella, entregando los pecadores a los brazos armados de la ley secular. Sistemáticamente, la Iglesia aparece enganchada a todos los picos de moralización: el populista Perón (1946) le entrega la educación y, como

regalo, los edictos antigays; el desarrollista Frondizi (1958) legaliza la enseñanza privada religiosa e instala al comisario Margaride, enemigo N° 1 de los homosexuales argentinos. Las campañas de moralidad del dictador Onganía (1966/70) —que lleva a cerrar los baños de los subterráneos, para evitar que los “pervertidos” se reunieran en ellos— se integran a un catolicismo ultramontano pregonado desde el gobierno. Pero la Iglesia opta por el bando populista y, coincidentemente, el segundo gobierno de Perón reanuda, en 1974, las campañas de moralidad.

En ese plano, la Iglesia suele ubicarse, inclusive, a la derecha del gobierno. Cuando el actual ministro de Educación de la Provincia de Buenos Aires, se declaró a favor de la Educación Sexual en las escuelas, voceros de la Iglesia lo acusaron de fomentar la inmoralidad, al enseñar a los jóvenes a disimular las consecuencias de sus pecados (el ministro había aducido el aumento de las enfermedades venéreas y los embarazos precoces como argumentos para su propuesta).

El gobierno tiende a autoconsiderarse como el último baluarte de las tradiciones “occidentales y cristianas”, y ha declarado una guerra santa al sexo. Así lo declaman los propios militares, en las conferencias que dictan habitualmente a los padres de los escolares en los colegios: “Subversión no es sólo poner una bomba o tirar un panfleto; subversivo es todo lo que intente subvertir una norma: las relaciones prematrimoniales, el adulterio, el aborto, las drogas, la homosexualidad, etc., etc., etc.”

1 Escrito entre 1978-1980, dentro de una serie de documentos de denuncia de la represión político-sexual en Argentina que Perlongher redactaba y fotocopiaba para distribuir de mano en mano. Casi todos estaban firmados con el seudónimo de Víctor Bosch.

Informe sobre Chile¹

Lejos están los tiempos en que una mariquita argentina (más o menos al tanto del sex-pol) rechazaba con espanto cualquier invitación para ir a Chile. La historia de la loca uruguaya Lola Puñales, violada, castrada y acribillada (y quizás arrojada al pacífico, según la moda impuesta por el Presidente Ibáñez, quien, en la década del 50, hundió un barco lleno de homosexuales en el océano y abandonó a otros en una isla desierta) por los esbirros del dictador Pinochet en las masacres de 1973 –decenas de homosexuales corrieron la misma suerte que la desdichada Lola–, justificaba esa cautela.

Hoy, la minuciosa, metódica persecución antisexual desatada por los militares argentinos han convertido al reino de sus colegas trasandinos en una especie de “paraíso provinciano” –ya que Brasil ocupa, en este plano, el lugar del “paraíso universal”– para las locas argentinas que, favorecidas por una curiosa política económica que las convierte en ricas en el extranjero y pobres en su país, peregrinan para las vacaciones a las naciones vecinas, en busca de esas migajas de libertad que les están vedadas en su patria.

Gracias a sus profundas –e internacionalmente difundidas– crueldades, la dictadura chilena aparece

catalogada como el peor de los horrores. Sin dejar de merecer las chirles glorias de esa calificación, ella no parece ser, en el fondo, nada más –y nada menos– que una versión aumentada y fascistizada de la clásica dictadura latinoamericana– el exterminio de cuyos opositores constituye una *conditio sine qua non*–, abonada alegremente por la desenfadada oligarquía local y su murga burguesa (y hasta pequeñoburguesa, si se examina el equívoco rol de la poderosa democracia cristiana en el golpe) ante el temor de ver las hordas de la unidad Popular abalanzarse sobre sus cuidadas propiedades. Terror que palparemos más de cerca si vemos la disposición geográfica de ciertos enclaves de la clase alta en las ciudades chilenas, donde los núcleos residenciales emergen literalmente rodeados de barrios proletarios y “poblaciones” (favelas).

Cierto es que la aventura allendista no provocaba desmanes sólo en el campo del reparto de los bienes terrenales. Chile gozó, bajo Allende, las turbulencias de un desmelenado “destape”: hippies, gays y toda suerte de marginales deambulaban abiertamente por las calles, en un clima de agitación social casi anárquico. El alcoholismo y la presunta cocainomanía de Allende –en la imaginería popular, jamás faltaba una damajuana de vino debajo del escritorio presidencial– escandalizaron a los militares tanto o más que las utopías distribucionistas del Partido Comunista.

De manera que los homosexuales asesinados, torturados, encarcelados, perseguidos, etc., por el golpe de 1973 parecen haberlo sido no sólo por ese odio esencial de los fascistas hacia los gays, ni por el hecho –inevitable en todo régimen, aún en el cubano– de que notorios “raros” ocuparan puestos en el gobierno. La acusación de defensoras –solapadas o abiertas– del régimen derrocado que se blandió para

hostigarlas, puede llegar a tener algunos visos de veracidad, no tanto por una supuesta identificación de las locas con las consignas socializantes, sino por un detalle indiscutible: nunca habían gozado, en la tradicionalmente democrática “Inglaterra del Pacífico”, de tanta libertad. Así, en los últimos meses de la UP, una manifestación de travestis recorrió las calles de Santiago, reclamando, entre otras reivindicaciones, el derecho al libre ejercicio de la prostitución.

Pero no nos avergonzaremos de alegrarnos –aún a riesgo de perder el carnet de mártires históricas– de que las maricas chilenas no sólo hayan logrado sobrevivir –“donde matan una nacen siete” (dicho gay)–, sino de que hayan ganado el usufructo de cierta relativa tolerancia –aunque minúscula en comparación con el Brasil, inimaginable para la Argentina.

De manera que, pasados los primeros arrebatos de terror –ellos quiere decir: incorporado el terror a la cotidianidad, legitimado–, destruida la vida nocturna por la vigencia del toque de queda, y, naturalmente, clausurada toda forma de oposición política, cierta marginalidad urbana consiguió –no sin reveses, en una pálida versión del libertinaje de antaño– mantenerse agazapada en las penumbras. Marginalidad de putas, de travestis, de maricas, de reventados, de borrachos, de burdeles, de proxenetas, de marineros, de “barrios chinos” –parafernalia que, en cambio, los militares argentinos exterminaron prácticamente por completo.

Cómo circular bajo Pinochet

Hasta arquitectónicamente, Chile parece una sociedad del 40; resuenan en las calles antiguas de Santiago los ecos

de una grandilocuente, marchita gloria, repujadas mansiones de principios de siglo; lustrosos monumentos recordatorios de la sangrienta Guerra del Pacífico. Las mujeres envejecen con facilidad; se las ve engordar indolentemente pasados los 30 años y el matrimonio; son “señoras de su casa”.

Hay un estilo hispánico en los códigos. La moral resplandece, está explícita, clara: nadie se atrevería a ponerla, abiertamente, en duda. Pero tan esplendentes son las normas, como marcados los discretos senderos de la transgresión, por todos conocidos, pero disimulados tras el “tupido velo” del que habla Donoso, un escritor chileno exiliado en España, que describe impecablemente en El Infierno sin Límites² la condición del homosexual pobre latinoamericano.

Se puede hacer de todo, a condición del disimulo. Por ejemplo, el público de cierto bar vagamente gay de Viña del Mar está mayoritariamente constituido por honorables —y hasta adustos— padres de familia. Vaya la frase de una esposa chilena: “Qué me hace que mi marido se haga culear por ahí, si a mí me tiene como reina y yo leseo cuanto quiero”³.

El efecto de hipocresía parece teñir también las relaciones homosexuales. Menos las locas desatadas, todos se desesperan por aparentar “normalidad”, porque “nadie lo sepa”. Algunos de los chicos que levanté se desvivían, cuando íbamos por la calle, por mirar a cuanta mujer pasaba, con una puntualidad tan exagerada que tornaba sospechosa de ritualidad a esa mirada. En efecto, una vez en la cama, demostraron no ser ningún dechado de masculinidad: cedían, sin retaceos, a cualquier tipo de arrebatos.

Chile es un país pobre: hasta los nenes de la burguesía andan sin un peso y piden cigarrillos por la distinguida

costanera de Viña del mar.

Correlativamente, las locas de clase media tienden a ocupar, con prolija dignidad, el rol de “señoras burguesas”. Y los “machitos” suelen complacerse en colocarlas en el lugar del lujo, del derroche. No necesariamente cobran por poseerlas –la sodomía tiene casi el status de un deporte popular–, pero pretender compensar la rebaja de su publicitada hombría tomando whisky escocés en salones alfombrados y haciéndose invitar a onerosas confiterías. Esas locas “ricas” siguen el juego fingiendo una opulencia que a menudo sobrepasa, con creces, el magro monto de sus rentas. Es que la clase adinerada chilena es ostentosa hasta la grosería; a diferencia de la argentina, más proclive a ocultarse tras los muros grises de barrios penumbrosos, haciendo un culto de la “sencillez”, los ricos chilenos adoran deslumbrar con la rutilancia de sus joyas, tras gruesos cristales custodiados por guardias armados. Esta imaginería aristocratizante –tan común en los gays, que sobrellevan, con la brillantez de la mitomanía, la miseria de la marginación– se torna, en el ambiente de Viña del Mar –villa veraniega de las clases alta y media alta– decididamente insoportable, en una versión autoritaria de la moda “New Wave”.

Si los homosexuales “burgueses” se enloquecen por ingresar en los fatuos circuitos del consumo –concurriendo a sofisticados boliches bailables sólo accesibles en automóvil–, las maricas pobres se inclinan con frecuencia al travestismo, disputando con las putas el favor de los lumpenes y marineros del Barrio Chino, en el puerto de Valparaíso; allí, burdeles “mixtos” como la Casa Amarilla prestan sus cuartos para la práctica de las más exóticas variantes.

Consejos del Gay Tour: a las amantes de placeres

populares, les conviene internarse por las empinadas callejuelas de Valparaíso, por el fascinante camino costero que lleva a la proletaria playa de Torpederas o entre las barracas de pescadores de Portales –con cuidado, chicas, porque en el Barrio Chino una ambulancia recoge a la madrugada las víctimas de las riñas nocturnas! Para quienes se placen en pasiones menos marginales: en verano, la costanera y las calles céntricas de Viña del Mar; o, en la finísima playa de Reñaca, una boite “mixta” llamada Topsy. En Santiago, la exclusividad de semiclandestinas boites gays como Fausto –a las que sólo se entra con una tarjeta especial– se alterna con el democrático yiro de las calles peatonales –Ahumada, Huérfanos, Plaza de Armas. Se puede yirar impunemente, con una sola precaución: algunos muchachos –oh, el machismo latinoamericano!– se ponen agresivos, especialmente cuando toman, y son capaces de agredir a una marica que los mira.

En resumen: a pesar de que los nativos no sean todo lo lujuriosos que uno pueda imaginarse, en Chile, con un poco de insistencia, puede gozarse de interesantes experiencias. Si uno no está demasiado drogado o borracho (a nivel de arrastrarse por la calle, allá se bebe mucho), no desafía el toque de queda (que, actualmente, no rige), no simpatiza con la oposición y no resulta, por cualquier motivo, sospechoso, no hay nada que temer: los carabineros pasarán de largo, sin molestarlo.

Y ello por ahora: en cualquier momento la vitalicia dictadura de Pinochet podrá lanzarse nuevamente a exterminar homosexuales, en nombre, seguramente, de la “Seguridad de Estado”. Cabe reconocer, empero, que la situación gay parece haber mejorado bastante, al menos en lo superficial, respecto del macabro panorama que la

declaración del Frente de Liberación Homosexual de la Argentina (ahora desaparecido) pintaba en 1973/74 –sombrió análisis que no deja, pese a todo, de seguir teniendo cierta vigencia.

Dicho manifiesto terminaba casi poéticamente, diciendo: “//...La muerte de Lola Puñales nos demuestra una vez más que ser homosexual es una manifestación de afirmación y dignidad humana que los fascistas no pueden soportar. La flor más atrevida de Santiago ha sido regada en su propia sangre. Ayer, gracia, alegría, picardía. Hoy en su cuerpo irreconocible cada oprimido puede reconocerse. (...) Lola, tu cuerpo escarbado por las imbéciles gallinas pinochetistas tenía una mariposa de sueños y besos, con un moño de raso, que no pudieron encontrar. Los sabemos. Tu mortaja es nuestra bandera”.

Firmado: Víctor Bosch (Argentina)

- 1 Escrito probablemente en 1980, este informe circuló en el exilio argentino en Brasil como otro de los documentos de denuncia y análisis político aunque también incluye crónica de costumbres y consejos del tipo “guía de turismo gay” de Chile.
- 2 Se refiere a la novela *El lugar sin límites*, primera edición Ed. Joaquín Mortiz, México, 1966.
- 3 “Lesear”: expresión chilena usual en los años 70, que connota “divertirse, pasarla bien, huevear, joder o salir de joda”. En este ejemplo, “leseo cuanto quiero” podría traducirse como “salgo o me divierto cuanto quiero”.

Índice

PRÓLOGO, por Osvaldo Baigorria. . . 7

Cartas. . . 27

APÉNDICES

Informe sobre Córdoba. . . 79

Informe sobre Chile. . . 87

Un barroco de trinchera, cartas a Baigorria 1978-1986, de Néstor Perlongher, se terminó de imprimir en la Ciudad de Buenos Aires el diecisiete de Octubre de 2006, con una tirada de 1000 ejemplares.

MANSALVA

Poesía y Ficción Latinoamericana

- 1 CÉSAR AIRA**
El pequeño monje budista
- 2 ARTURO CARRERA**
La inocencia
- 3 CUCURTO**
La máquina de hacer paraguayitos
- 4 PABLO PÉREZ**
El mendigo chupapijas
- 5 DALIA ROSETTI**
Me encantaría que gustes de mí
- 6 DANI UMPI**
Aún soltera
- 7 MARIO BELLATIN**
Pájaro Transparente
- 8 DANIEL LINK**
Montserrat
- 9 ALFREDO PRIOR**
Cómo resucitar a una liebre muerta
- 10 DANIEL DURAND**
El Estado y él se amaron
- 11 RAÚL ESCARI**
Dos relatos porteños
- 12 NÉSTOR PERLONGHER**
Un barroco de trinchera



“ Muchas veces acaricié –o sobé– la idea de, amparado en las tropicalidades, en sus blanduras, narrarte sin vanos arcaísmos, sin barroquismos de trinchera, los avatares que en este largo tiempo me han sucedido, y cuya crónica la sistemática curiosidad de los chasquis llevaba –lo has, pobre, padecido en ojo propio– al hermetismo, al jeroglífico. Pero algo atenta contra tan realista –¿y socialista?– intento: la proliferación de ocupaciones, trámites, enlaces, ceremonias, mendicidades, ruegos, etc.: hace ya casi 3 meses –el domingo 27 me vuelvo a Buenos Aires porque se me vence el viso– que estoy aquí, hartado de los horrores y las paranoias porteñas, y deseoso de descubrir alguna estratagema que me permita permanecer en los trópicos. Ignoro qué de las innúmeras –poéticas– versiones sobre mi vida te han llegado: y tampoco me animo –me deprime sobremanera– a derramarte por esta vía (aérea) las lágrimas (desesperadamente literales) que sucesivas reclusiones y encontronazos con los azules –ojalá blues– me han arrancado...”

Barroco de trinchera: una lengua que se habla bajo fuego, en medio del combate, en una posición más subterránea que la oración de barricada. Una lengua menor pero urgente, apremiada por sacarle el cuerpo a la posibilidad de captura o destrucción en manos del enemigo. Una lengua política.

Oswaldo Baigorria

MANSALVA

ISBN 987-22648-9-9

